

La primera política exterior de Franco

JAVIER TUSELL

En las dos líneas finales del único texto autobiográfico que Francisco Franco escribió acerca de su experiencia en la guerra civil se hace una descripción de lo que fue la relación con sus aliados durante ella. El texto dice simplemente lo que sigue: «Italianos y alemanes, buenos camaradas aisladamente, inaguantables en conjunto, pues tenían pretensiones»¹. Esta afirmación se hace compatible (y no es paradoja) con la afirmación de que fue él mismo quien consiguió la ayuda de italianos y alemanes y con la sensación repetida, a lo largo de las entrecortadas páginas del texto, de que unos y otros eran imprescindibles. Franco, en efecto, menciona «intrigas» de los fascistas, «caprichos» de los generales italianos en la península, «infiltraciones», «exigencias» alemanas, intervenciones de altos dirigentes nazis recibidas con alarma y, sobre todo, ese género de prevención respecto de la intervención proveniente del exterior y dirigida a su propio favor que se puede resumir en la frase «queríamos armas y no personal». Lo que, por tanto, escribió Franco acerca de los dos países que colaboraron con él durante la guerra civil es poco pero, al mismo tiempo, resulta expresivo. Lo fue tanto que incluso, como concluiremos al final del presente capítulo, moldeó en él una actitud respecto de la política exterior que no le abandonó hasta el final de sus días. Y ello a pesar de que, aún dependiendo el resultado del conflicto en un porcentaje muy elevado de las circunstancias internacionales, sólo en ocasiones muy singulares, por decisivas que resultaran, constituyó el panorama exterior una preocupación por completo decisiva para él.

Si en muchos otros aspectos la experiencia que a lo largo de su biografía había ido adquiriendo Franco era limitada quizá en ninguno era tan patente como en lo que respecta a la política internacional. Este tipo de cuestiones no le habían preocupado en absoluto y el único horizonte que en él puede intuirse respecto del exterior es el de una actitud recelosa

¹ FRANCO, «Apuntes personales...», 46.

frente a aquel país con el que por la proximidad, incluso durante su largo período de estancia en Marruecos, había tenido más contacto: Francia. Cuando, finalmente reconocido por la Gran Bretaña, recibió al primer embajador de este país sólo pudo ufanarse de que estaba aprendiendo el inglés en el momento del estallido de la guerra civil, tarea que tuvo que dejar dadas las circunstancias. Su conocimiento del mundo exterior era, pues, muy limitado.

A esta base —la ignorancia y el desinterés de Franco sobre estas materias— hay, sin duda, que sumar un dato de partida complementario para comprender la posición de Franco ante el mundo exterior durante la guerra civil. La España de la época en la que Franco empezó a desempeñar un papel importante en la vida política como dirigente de uno de los bandos en conflicto era un país que en absoluto puede decirse que estuviera en el centro de gravedad de la atención mundial. En otro tiempo pudieron plantearse interrogantes acerca de si la II República había sido derribada por una conspiración exterior o por un conflicto interno; ahora, con las investigaciones recientes, no tienen ya sentido. Si, en el desarrollo de la guerra, la ayuda recibida por cada uno de los bandos fue decisiva en los resultados finales y hace imaginables operaciones militares concretas al mismo tiempo no cabe atribuir a los dos principales aliados que tuvo Franco toda una voluntad de derribar las instituciones republicanas desde un principio para instalar un régimen político semejante al propio ². Alemania había incrementado sus relaciones comerciales con España durante los años treinta, pero no mantuvo relaciones políticas con ningún grupo de la extrema derecha, aunque comprara periodistas de diferentes medios de información, lo que era muy fácil en aquellos momentos. Italia estuvo mucho atenta a la realidad política española desde el mismo momento de la proclamación de la II República. Eso explica que a Roma acudiera la extrema derecha española y consiguiera un apoyo económico y material importante; también, con posterioridad Falange recibió una subvención periódica del fascismo italiano. Pero la mayor parte de aquella ayuda no fue ni siquiera entregada y los pagos a José Antonio Primo de Rivera, siempre por debajo de las ayudas que recibían otros partidos europeos de semejante significación, tendieron a disminuir con el paso del tiempo. En el verano de 1936 las instrucciones que recibían los diplomáticos alemanes e italianos era de desentenderse de la situación española; al cónsul italiano en San Sebastián se le reprendió por anunciar la inminencia de una revolución. Sin embargo, era obvio que si se pro-

² Los estudios más importantes a este respecto son VIÑAS, «La Alemania nazi...», principalmente 347 y ss., y SAZ, «Mussolini contra la II República», *passim*.

ducía un conflicto o una sublevación, de cualquier signo que fuera, la intervención de terceros países resultaba inevitable, en parte por la ausencia de elementos de combate y en parte también porque las tensiones europeas empujaban a trasladar las contiendas internas a escenarios mucho más amplios. Los conspiradores sabían donde podrían encontrar cierta receptividad a sus peticiones de ayuda: el general Orgaz pidió tres pasaportes italianos, uno de ellos para Franco, por si las cosas no iban bien, aunque no se los llegaron a expedir. Pero, sobre todo, con los tratos anteriores con los italianos existía ya una cierta base para saber donde acudir en búsqueda de armas para suscribir acuerdos más amplios con posterioridad. En la práctica, por ejemplo, el documento que suscribieron unos enviados de la extrema derecha española con Mussolini en marzo de 1934 presagiaba el primer acuerdo secreto entre la España de Franco y la Italia fascista. Incluso se puede decir que allí se adelantaba la situación que podría darse en España: uno de los dirigentes carlistas allí presentes aseguró que «buena parte de los hombres de Gil Robles seguirán al carro de los vencedores» cuando la insurrección hubiera triunfado³. En suma, se daban las condiciones para que los sublevados obtuvieran apoyo exterior, pero no hubo conspiración fascista en los inicios de la sublevación contra el gobierno republicano.

A lo largo de este capítulo no se va a pretender hacer una narración de la guerra civil española desde el punto de vista internacional. Lo que se pretende es ofrecer una panorámica centrada de manera principal en la persona de Franco y en sus dos principales aliados, pero teniendo en cuenta también el resto de la circunstancia internacional. Lo esencial será descubrir una cierta duplicidad de almas en la política exterior del régimen y un poso nacido de esta experiencia en la etapa bélica pero destinado a perdurar durante el resto de la Historia del régimen.

FRANCO CONSIGUE ALIADOS

En ese breve texto ya citado en el que Franco trató de su experiencia en la política internacional durante la guerra se atribuye como mérito el haber sido quien obtuvo la ayuda exterior para su causa. Esa afirmación es cierta, pero también merece una explicación. De todos los dirigentes de la España sublevada Franco era el que estaba en mejores condiciones

³ Resumen de la conversación en COO, busta 44/1.

para establecer esos contactos porque no estaba apremiado por presión bélica adversaria, sino que disponía de recursos militares suficientes, que deseaba emplear cuanto antes, y porque tenía diplomáticos de países con posibilidad de convertirse en aliados en su proximidad inmediata. Pidió aviones a los alemanes a través de su consulado en Tetuán ya el 23 de julio, cinco días antes de que lo hiciera Queipo de Llano y cinco semanas antes de que un diplomático que decía llevar la representación del general Mola estableciera contacto directo en Berlín ⁴. Al mismo tiempo se establecían los contactos con los italianos. En un principio en ambos países hubo resistencia a la intervención: Mussolini escribió un «No» rotundo como respuesta en la misma petición escrita de ayuda y Goebbels instruyó a la prensa alemana que mostrara una actitud de distanciamiento ante el conflicto. Pero luego fueron los propios dictadores de los dos países, el primero de ellos, Hitler, el 25 de julio, los que decidieron responder positivamente a las peticiones de Franco. Lo hicieron, sin duda, mucho más por razones estratégicas (obtener un aliado a bajo coste que podía importunar a sus adversarios más importantes) que por esperar obtener ventajas de carácter económico o por desear implantar en España un régimen semejante al suyo propio, algo que para los nazis alemanes fue siempre inconcebible. Con ello se encontraron en poco tiempo involucrados en un conflicto que, como ha escrito un historiador, veía a convertirse para ellos en una especie de «arenas movedizas» en las que se hundían cada vez más a medida que transcurría el tiempo y empleaban más recursos ⁵. Fueron estos últimos los que les indujeron, luego, a tener una presencia de carácter político o a intentar obtener beneficios de carácter económico. En cuanto al verbo «pedir» empleado por Franco no es casual sino que, como veremos, fue el que conjugó con mayor frecuencia a lo largo de toda la guerra respecto de Italia y Alemania.

La conversión de la sublevación, de modo casi inmediato, en una guerra propiamente dicha tuvo como consecuencia la necesidad de improvisar algún tipo de aparato diplomático en el bando sublevado. Como consecuencia de los acontecimientos se produjo en la profesión diplomática española una división que era idéntica en su magnitud a la existente en la propia sociedad. El resultado fue que las embajadas se dividieron en adictos a la sublevación o contrarios a la misma; pudieron hacerlo sin consecuencias sangrientas merced a la distancia de una España en donde

⁴ DGFP, D, III, 4, 15, 20-21.

⁵ Para los comienzos de la intervención italo-alemana en la guerra, véase aparte de lo ya citado, COVERDALE, «I fascisti...», 81 y ss., y WHEALEY, «Hitler and Spain...», cap. En términos más generales ver también SCHWARTZ, «La internacionalización...», *passim*. Las «arenas movedizas» son una expresión usada por DE FELICE, «Mussolini. Il Duce», IV, 331 y ss.

lo habitual era ya la eliminación física del adversario. Como puede imaginarse los dedicados a la diplomacia no tenían precisamente una proclividad hacia el izquierdismo (de unos 440, por ejemplo, solo siete eran masones); a pesar de ellos el régimen franquista sancionó al final del conflicto a uno de cada cuatro, lo que es un buen indicio de esta división y de la dureza represiva. A comienzos de agosto los adheridos a la sublevación eran nueve diplomáticos en Francia, tres en Gran Bretaña, cinco en Italia y la totalidad de la Embajada en Alemania. Con el paso del tiempo todavía la situación fue mejorando para los sublevados hasta el punto de que el gobierno republicano acabó por disolver la carrera diplomática ⁶. Tanto en Gran Bretaña como en Italia el representante español de mayor grado acabó por negarse a representar a la República. En Alemania, tras decantarse la embajada por la sublevación, un grupo de falangistas se apoderaron de la representación comercial española dando lugar a una situación muy confusa, descrita incluso como «pintoresca» en la propia documentación diplomática de los sublevados; al final el embajador Agramonte no representó tampoco a Franco sino que fue sustituido. En Italia Aguirre de Carcer, quiso permanecer fiel a la República pero se negó a identificarse con el Gobierno del Frente Popular y también acabó dimitiendo ⁷.

Más interesante que esta dispersión ideológica de la profesión diplomática con ocasión de la guerra resulta aún la gestación de un organismo central de la diplomacia de los sublevados y la constitución de representaciones en los principales países europeos, así como la visión que los posibles aliados de la España franquista tuvieron acerca del conflicto. El 30 de julio de 1936, es decir en una fecha muy temprana, se creó en Burgos un Gabinete Diplomático para asesorar a la Junta de Defensa Nacional. Estaba formado por diez diplomáticos de carrera no muy conocidos y sin jerarquía entre ellos; sin embargo es muy posible que un antiguo ministro conservador y conocido especialista en derecho internacional, Yanguas Messía, desempeñara un papel muy importante como inspirador de este gabinete. Según parece fue él quien viajó al sur de Francia, con Merry del Val, embajador español en Gran Bretaña durante el reinado de Alfonso XIII a entrevistarse los embajadores extranjeros residentes allí durante las primeras semanas de la sublevación. Lo cierto es, además, que el policentrismo característico de los primeros momentos en el bando de la sublevación también tuvo sus efectos en lo que atañe a la política

⁶ CASANOVA, «Depuración de funcionarios diplomáticos durante la guerra civil», *passim*.

⁷ Balance de los diplomáticos identificados con la sublevación en AMAE, leg. 614/6; narración de lo ocurrido en Berlín en Agramonte, 20-XI-1936, AMAE, leg. 596.

exterior: en Sevilla existió otro gabinete diplomático, que dependía desde el punto de vista administrativo del de Burgos y que llevó José Antonio Sangróniz, un diplomático eficaz, que había tenido un papel decisivo en la orientación hispanoamericanista de la política exterior durante la etapa de Primo de Rivera. En realidad es muy posible que este segundo gabinete tuviera mayor influencia en la primera diplomacia de los sublevados como se demuestra por el hecho de que lo desempeñara quien fue principal inspirador de la política exterior de los sublevados hasta finales de 1937. Además ese gabinete seguía teniendo mayores posibilidades de ponerse en contacto con el exterior porque, por ejemplo, podía tener contactos un representante diplomático alemán en Sevilla y, sobre todo, porque podía mantener contactos con Franco⁸. Con el nombramiento de éste como Jefe del Estado y la creación de la Junta Técnica del Estado se mantuvo la duplicidad pues se creó, dependiendo de ésta, una Secretaría de Relaciones Exteriores y un Gabinete Diplomático para auxiliar al primero. El primer puesto fue desempeñado por Serrat y Bonastre y el segundo por Sangróniz, al que Franco pudo conocer con ocasión de su paso por Sevilla. Sin la menor duda el mayor peso de las decisiones le correspondió, como siempre, a quien estaba más cerca de Franco; sus propios aliados no dudaron un instante en que él era el jefe de la sublevación y las representaciones diplomáticas, más o menos oficiosas, de la España sublevada en el exterior siempre dirigieron sus comunicaciones e informes más esenciales a Sangróniz y no a Serrat o a Muguero, los titulares de la Secretaría de Relaciones Exteriores, a quienes parece haberse correspondido una tarea más bien burocrática.

Es curioso que la primera representación diplomática oficiosa que empezó a funcionar con regularidad en servicio de los sublevados fuera la existente en Francia; la desempeñó, a partir de mediados de agosto, Quiñones de León que había sido embajador español durante la mayor parte del reinado de Alfonso XIII y contó con la colaboración muy estrecha del conde de los Andes, amigo y ministro del dictador Primo de Rivera. Desde mediados de septiembre hubo también una representación en Roma, ante el Vaticano y el gobierno fascista, al frente de la cual estuvo el marqués de Magaz, almirante y antiguo vicepresidente del Directorio militar durante la etapa de Primo de Rivera, que durante el Directorio civil, a partir de 1925 desempeñó la embajada ante el Vaticano.

El perfil tanto de los nombrados para desempeñar la representación de los sublevados fuera de España como de los que les daban instrucciones desde ella resulta bien característico y, además, coincide con el re-

⁸ Sangróniz, AMAE, leg. 613/7; Cabanellas, 15-VIII-1936, AMAE, leg. 614/6.

trato habitual de quienes parecen haber sido más influyentes desde el punto de vista político durante la primera etapa de la guerra al lado de Francisco Franco. Eran hombres de la derecha clásica, muchos de ellos con título nobiliario y experiencia de servicio diplomático en la etapa anterior a la República; si se quiere, bordeaban el reaccionarismo pero manteniéndose lejanos de las corrientes fascistas propiamente dichas. Todo ello contribuye a explicar la primera actitud de la diplomacia de Franco que pretendió, dando por supuesto el apoyo de las potencias fascistas, encontrar otros complementarios en la derecha de los países democráticos como Francia y Gran Bretaña. A título de ejemplo puede citarse en este sentido la actitud recomendada por Quiñones en un mensaje al propio Franco respecto de la actitud a mantener en relación con una reunión de la Sociedad de Naciones: había que «cooperar, absteniéndose de toda actitud forzosamente estridente y con todos los contactos en Londres que las circunstancias permitan»⁹. Puede pensarse que esta actitud era ilusa, pero no es así: se basaba en la presunción de que la ayuda de los países fascistas llegaría sin problemas y de modo espontáneo y de que, además, la guerra no iba a durar mucho tiempo. De ahí el juicio acerca de la situación emitido por el gabinete diplomático de Burgos en los primeros días de agosto de 1936: «El tono general de la situación diplomática es favorable a nuestro movimiento, primero porque en el mundo entero están hoy en plena lozanía los ímpetus arrolladores de los Estados totalitarios y segundo porque, aún en aquellos países anclados en el liberalismo o entregados ya al Frente Popular, existe, en proporción a la gravedad del mal, una reacción de tipo nacionalista». Eso explica las iniciativas tenidas en estas semanas iniciales de la guerra. Se dirigieron principalmente a neutralizar, a través de la derecha francesa o la diplomacia británica, cualquier tipo de alineamiento decidido o ayuda concreta en favor del adversario. En París Quiñones de León trató de influir en sentido favorable a la neutralidad en los elementos más conservadores del Gobierno Blum, sin esperanza alguna de convencer a este mismo, y recibió, además, una visita del Mariscal Pétain de cuya actitud favorable a la causa de los sublevados estaban éstos convencidos, haciéndola extensiva a la totalidad del Ejército francés. Se hizo entonces la primera promesa de los franquistas en torno a la política exterior del futuro: España no había adquirido ni adquiriría «ningún compromiso territorial ni político con ninguna potencia». De momento bastaba con dar ese tipo de seguridades contando con la ayuda italiana y alemana, aparte de la portuguesa que se recibió espontáneamente tras un viaje del secretario del

⁹ Quiñones de León, 30-XI-1936, AMAE, leg. 599/1.

Ministro de Asuntos Exteriores a Burgos; para Salazar resultaba de vital importancia que España no estuviera en manos de una izquierda que fomentara la subversión en el interior de Portugal¹⁰. Según los diplomáticos al servicio de Franco ni siquiera era necesario plantear el reconocimiento diplomático de los sublevados que se produciría de forma espontánea en el momento de la toma de Madrid que se creyó próxima¹¹. Es curioso que las mayores dificultades exteriores de la España sublevada se produjeran con el Vaticano posiblemente por la distancia entre lo que se esperaba de él y la realidad de su postura. Magaz tuvo enfrentamientos muy duros incluso con las máximas jerarquías de la Iglesia y acabó por suspenderse temporalmente la relación directa con el Pontífice.

En esta situación es obvio que para los sublevados nada significó la creación de un comité de no-intervención en Londres. Ellos seguían neutralizando a través de las minorías de derecha nacionalistas cualquier intento de una acción decidida a favor de la causa republicana y, al mismo tiempo, recibían una ayuda considerable de los países fascistas que, por el momento, ni tan siquiera preguntaban nada respecto de la manera en que les iba a ser pagada. Franco inauguró el estilo de sus relaciones con los países fascistas muy pronto. A mediados de septiembre de 1936 envió un telegrama a Roma urgiendo que se «presionara» para prestar ayuda en el cruce del Estrecho por un convoy de tropas propias «ya que nos fue dada una promesa»¹². Semanas después, en noviembre, Franco pidió todavía más; conocedor por los alemanes de que venía un convoy con armamento ruso solicitó que «se evite a todo trance» que pasara junto a Italia¹³. No tuvo, por tanto, el menor reparo en demandar la clara intervención italiana, con sus propias armas, en su favor y, en definitiva, el desencadenamiento de una agresión de un país a otro sin prevención alguna de que así pudiera estallar una guerra mundial. Por el momento, además, los italianos y los alemanes no pedían nada: tan sólo en la segunda mitad de octubre empezaron a impacientarse por la lentitud de operaciones, pues como ya se ha indicado si su intervención apenas se ocultaba, sobre todo en el caso italiano, partía de la premisa de que sería breve. Franco respondió por vez primera desechando que pudiera avanzar más deprisa; la insistencia fascista en este sentido, como veremos,

¹⁰ Sobre Portugal y la guerra civil véanse los textos de OLIVEIRA y DELGADO citados en la bibliografía.

¹¹ Informes del Gabinete Diplomático de Burgos en VIII-1936, MAE, legs. 614/5 y 6.

¹² Telegrama a Magaz 20-IX-1936. Toda la serie de telegramas entre Franco y su representación diplomática en Italia está en AMAE, legs. 1455 a 1466. Se citan sólo con la letra T.

¹³ Franco, T, 13-XI-1936.

acabaría produciéndole una profunda irritación. Durante este mismo período se produjo otro acontecimiento de primera importancia para las relaciones internacionales de la época: tras conversaciones celebradas en Berlín por Ciano, el ministro de Asuntos exteriores italiano, casado con una hija del Duce, y Von Neurath, el alemán, que concluyeron con posterioridad con otra conversación entre el primero y Hitler quedó sellado un entendimiento entre los dos países de cara a España. Esta era «la primera trinchera contra el bolchevismo», según Hitler, y por eso los alemanes estaban dispuestos a ayudar a los sublevados incluso con el empleo de fuerzas propias, pero, en cambio, no tenían aspiraciones territoriales en España ya que consideraban el Mediterráneo como un «mar italiano»¹⁴. El Führer inició, de esta manera, una estrategia tendente a implicar a Mussolini en el conflicto español con la promesa de obtener beneficios importantes que tan buenos resultados había de darle con el transcurso del tiempo.

El paso siguiente fue el reconocimiento de la España de Franco por parte de los dos países el 18 de noviembre a pesar de que Madrid no había caído en manos de los sublevados y de que ésta había sido la condición considerada como imprescindible. La verdad es que toda la estrategia de las potencias fascistas se basaba en este triunfo cuyo valor no era tan sólo estratégico sino también moral; en los archivos alemanes figura, por ejemplo, un borrador del reconocimiento argumentado a partir de la toma de la capital. Como en tantas otras ocasiones, sin embargo, quienes ayudaban a Franco sintieron que era tan inmediato su triunfo que merecía la pena prestar un poco más de ayuda cuyo resultado habría de ser inmediato.

De ahí que Mussolini destacara a la España cuyo Caudillo era ya Franco a un diplomático de primera fila, Anfuso, jefe del gabinete diplomático de Ciano, con un proyecto de tratado del que no se había ni tan siquiera hablado al representante español en Roma; de hecho era poco menos que una imposición, de esas que le hacían pensar a Franco en lo «inaguantables» que eran sus aliados pero también que le resultaban por completo inevitables dada la necesidad que tenía de contar con ayuda exterior. Hubo varios borradores del texto pero en términos generales éste se sujetó al acuerdo que los representantes de la extrema derecha habían suscrito con Mussolini en marzo de 1934. Magaz informó que se habían preparado dos borradores de tratado, uno para el período bélico y otro para

¹⁴ COO busta 44/2, conversaciones 21 a 24-X-1936. Hubieron unos contactos previos en agosto y septiembre entre los dos países pero este fue el momento en que el acuerdo fue ya total. Véase también «L'Europa verso la catastrofe», 75-77, 89.

el posterior, pero en realidad el contenido de ambos se puede considerar subsumido en el que se firmó. No hay indicios de que las autoridades españolas resistieran la firma o, si lo hicieron, de nada les valió. El protocolo, secreto, fue suscrito por Ciano y Franco e incluía la promesa de ayuda italiana, la decisión de «estrecha colaboración», en particular sobre los problemas relacionados con el Mediterráneo occidental, la negativa a colaborar con otras potencias en caso de conflicto o de tolerar el paso de refuerzos (se refería, por supuesto, al paso de tropas coloniales francesas enviadas desde el Norte de África) y una promesa genérica de colaboración económica. No era tanto, ni tan preciso pero los alemanes tuvieron plena razón al juzgar que se trataba de un acuerdo de «considerable importancia» que dejaba atadas las manos de Franco al que le convertía en dependiente de Italia; sabían, además, que Mussolini se había comportado en la tramitación del compromiso de una forma que bordeaba la deslealtad puesto que presentó lo acordado como tan sólo un proyecto y sacó con él unas ventajas que otros países ya no podían obtener. La consecuencia fue que pensaron que los italianos debían comprometerse a un grado de intervención en los asuntos españoles superior al que hasta entonces habían tenido ¹⁵. En efecto, hasta el momento los alemanes habían proporcionado más ayuda que los italianos y era lógico que puesto que éstos tenían especiales intereses en la zona arriesgaran más.

El reparto de la carga de la intervención en España se redistribuyó entre Alemania e Italia tras dos reuniones en Roma el 6 de diciembre de 1936 y el 14 de enero de 1937. En la primera participó el almirante Canaris, uno de los jefes del servicio secreto alemán, persona relacionada con España y más propicio a las posiciones de la derecha autoritaria que al nazismo. Ambas partes coincidieron en que les resultaba preciso comprometerse más aún en el conflicto español. En el transcurso de la discusión quedó bien claro que los alemanes se resistían a enviar unidades enteras a combatir en España. Por su parte el Duce y Ciano insistieron en la necesidad de bloquear la costa republicana o, como dijo el primero, la de «ganar la carrera hacia el mar» (el segundo mencionó incluso la posibilidad de emplear un submarino para bloquear cada puerto republicano). En cuanto a la aviación los cometidos fueron repartidos entre los dos países correspondiendo el bombardeo a los alemanes y la de caza a los italianos. En la segunda reunión, también celebrada en Palazzo Venezia, participó por parte de los alemanes el mariscal Goering que desde fecha temprana parece haber sido uno de los dirigentes nazis más inte-

¹⁵ Sobre el protocolo de 28-XI-1936, véase Magaz, T. 23-XI-1936; US busta 1; COO, busta 44/3, DGFP, D, III, 152-153; WHEALEY, «Hitler...», 52-53.

resados en las cuestiones españolas. Como consecuencia del intercambio de puntos de vista se hizo una lista de los nuevos aprovisionamientos que estaban dispuestos a proporcionar alemanes e italianos. De ambas conversaciones llama la atención el grado de compromiso de segundos, sobre todo, pero también de los primeros en la guerra española. Mussolini consideraba ya «absolutamente indispensable» que Franco ganara y no quería hablar siquiera de la posibilidad de retirar las tropas propias. Ambas partes lamentaban el volumen de la ayuda a la que se veían obligados: Goering dijo que se habían entregado a los españoles un número semejante de granadas a las que Alemania había empleado durante toda la guerra de 1870 y Mussolini afirmó que se habían enviado armas no para una guerra civil sino para una de «grandes proporciones». Lo que de manera especial les preocupaba a alemanes e italianos era lo que el Duce llamó la «guerra crónica». De ahí que no se entendiera cierta prevención de Franco respecto del bombardeo de poblaciones civiles y, sobre todo, su parsimonia, supuesta o real, en el desarrollo de las operaciones militares ¹⁶.

Esa decisión por la intervención en España de los italianos ya se había plasmado en el envío de «voluntarios» el mismo momento en que tenían lugar estas reuniones. Fue una especie de «do ut des» por la firma del tratado que había llevado Anfuso a las manos de Franco: el mismo día en que el pacto se firmaba el representante de los sublevados en Roma anunció la llegada de las tropas. En realidad, Franco no estaba interesado en el envío de hombres sino en el de material. «Personal extranjero no lo necesitábamos —escribió luego en sus someras memorias de estos tiempos—; nos sobran españoles, queríamos armas y no personal». Es más, cuando le llegaron noticias acerca del envío de los voluntarios italianos preguntó: «¿Y quién se los ha pedido?» Pero, por supuesto, su resistencia, si esta palabra puede considerarse siquiera oportuna, fue muy poco duradera porque sabía que necesitaba recursos de todo tipo; luego resistió cuanto pudo para evitar que abandonaran España los italianos que tenía en las filas de su Ejército. Es significativo que en estos precisos momentos no tuviera inconveniente en aceptar sustituir a su propio hermano, el siempre borrascoso Ramón, en su mando en las Baleares donde había tenido incidentes con los italianos; también lo es que luego acabara por no hacer nada para llevar a cabo esta sustitución a la práctica. Su representante en Roma, que en ningún momento recibió instrucciones de quejarse por ese envío inesperado y no solicitado, era quien le iba informando de los propósitos italianos. Es muy posible que titubeara respecto

¹⁶ Las dos conversaciones en US busta 1 y COO, busta 44/3.

de esta importante cuestión pues sucesivos telegramas enviados a Roma durante el mes de febrero muestran criterios por completo distintos, desde aceptar oficiales italianos para el Tercio hasta admitir sólo a «algunos», con tal de que acreditaran el permiso de su Gobierno; lo que, en cambio, Franco no admitió en la práctica, a pesar de dar su consentimiento formal, fue la constitución de una especie de Estado Mayor conjunto para su Ejército en el que hubiera también militares alemanes e italianos, algo de lo que se había hablado en Roma a mediados de enero. Los dirigentes fascistas parecen también haber pensado por un momento en integrar a sus voluntarios en unidades españolas como la Legión, pero finalmente optaron por una utilización como cuerpo independiente¹⁷. En cualquier caso esta decisión de enviar tropas a España, aunque molestara a un Franco que ante todo y sobre todo fue siempre un nacionalista, también le beneficiaba porque era un testimonio irrefutable de que Mussolini y Ciano se habían comprometido de manera definitiva con su causa. El segundo recibía al representante diplomático de Franco en un despacho en el que seguía las operaciones militares en un mapa colocado encima de un atril. Había ligado de forma definitiva y completa su propia fortuna política a la intervención en España. Desde hacía semanas se atribuía a sí mismo un papel decisivo en la intervención en España. «Si hay algún cambio —aseguró a Conde, representante de Franco en Roma desde noviembre— sería para intensificar nuestra ayuda no para menguarla»¹⁸. El propio Mussolini escribía en la prensa acerca de la guerra española artículos anónimos de cuya autoría, sin embargo, no había la menor duda y que por ello mismo eran ampliamente difundidos¹⁹.

Esta entrega de los italianos a la causa de la guerra española tenía para Franco una ventaja fundamental y era que le permitía multiplicar sus peticiones de material bélico en la seguridad de que serían atendidas por grandes que fueran. Para comunicarle los acuerdos a los que se había llegado en Roma fue de nuevo destacado Anfuso quien, en compañía del embajador alemán Faupel, se entrevistó con él. Le encontró, en principio, «desorientado» precisamente porque la iniciativa en la petición de voluntarios no había partido de él mismo; además estaba perplejo también por el hecho de que esta ayuda llegara en el preciso momento en que en el comité de no intervención se estaba vedando la presencia de voluntarios extranjeros en la guerra española. Sólo luego valoró «lo imponente» de

¹⁷ Conde, T, 28-XI-1936 y 24-XII-1936, AMAE, leg. 1459/12; Franco, T, 5-XII-1936; FRANCO, «Apuntes...», 42. Para la primera parte de la intervención italiana en España véase TUSELL-SAZ, «Fascistas en España», 28-36.

¹⁸ Conde, 3-I-1937, AMAE, leg. 1459/12; CIANO, *Diario*, 29.

¹⁹ «Parliamo a Marañón», «Il Popolo d'Italia», 24-II-1937.

la ayuda que iba a llegar a sus manos. Pero inmediatamente después de dedicar apenas dos líneas en una nota verbal de respuesta al agradecimiento se extendió a lo largo ampliamente sobre sus necesidades de nuevos aprovisionamientos. Aparte de que mantuvo una actitud extremadamente recelosa respecto del establecimiento del sistema de control acordado en Londres aseguró que «no es posible continuar la guerra, con las proporciones que ésta ha adquirido sin asegurar por tres meses el aprovisionamiento normal de municiones, pólvora y explosivos que necesitan nuestras fuerzas, extremo éste el más importante, con serlo mucho el envío de hombres, pues sin ello quedarían inactivos los doscientos mil hombres que componen nuestros frentes»²⁰. Sin embargo, por razones derivadas del contexto internacional durante las semanas siguientes a la aplicación del control por parte del Comité de no intervención de Londres no fue posible obtener más apoyo material que el hasta ahora logrado. «No es posible mandar ahora ningún aparato —decía Mussolini— pero si ellos suministraran uno yo enviaría ciento»²¹. La verdad es que el desarrollo de las operaciones tampoco parecía dar motivo a temores muy acuciantes: la operación sobre Málaga, brillante y rápida, en que las tropas italianas desempeñaron un papel tan relevante, parecía testimoniar que la decisión a la hora de intervenir podía tener como consecuencia llegar a un resultado definitivo de la contienda en un corto espacio de tiempo. Mientras tanto el otro aliado de Franco que durante algunas semanas pareció haberse retirado del primer plano de la guerra española, definió sus objetivos ante el conflicto y llegó a un acuerdo inicial con Franco. El tratado suscrito el 20 de marzo con Alemania, que permaneció secreto como el italiano, era menos expresivo y preciso que este: suponía contactos y consultas permanentes y neutralidad benévola en caso de conflicto, algo que hubiera sido inocuo de no ser por el hecho de que siendo la potencia militar de los dos países tan distinta en volumen y calidad suponía la mediatización de uno por otro. Es importante señalar que el protocolo fue suscrito por Franco y Faupel, el embajador alemán, con lo que parecía disminuir la entidad misma del documento por la parte alemana. Más importante aún es indicar que el tratado incluía un artículo quinto relativo a la intensificación de las relaciones comerciales que desde un principio constituyeron el motivo principal de interés de los alemanes por España; la mejor prueba de ello es que desde diciembre de 1936 se había acor-

²⁰ Informes sobre la conversación de Anfuso y Franco (24-I-1937) y nota verbal española en US busta 1 y COO, busta 44/5: DGFP, D, III, 231-232.

²¹ Conde, 25-II-1937, AMAE, leg. 1459/12.

dado prolongar el tratado comercial vigente y empezar la negociación de otro nuevo ²².

LOS AVATARES DE LA ALIANZA Y EL COMIENZO DE LA DOBLE DIPLOMACIA

La realidad bélica desmintió rotundamente las previsiones que habían hecho los aliados de Franco. En parte por la parsimonia de éste pero también y sobre todo por la ayuda que recibió el Frente Popular del exterior y por su decidida voluntad de resistencia la guerra no fue decidida de forma meteórica con la intervención italiana y alemana. Si lo hubiera sido es muy probable que Franco, aún siendo vencedor, habría dependido mucho más de sus aliados y su dictadura hubiera sido menos permanente. Pero lo que sucedió a partir de marzo de 1937 fue que, por un lado, los rebeldes solicitaron más aprovisionamientos militares mientras que sus aliados y, en especial, los italianos se plantearon por vez primera la posibilidad de retirarse de España.

A los ojos de la opinión pública internacional Guadalajara representó la derrota de quien por el momento bien podía pasar como invencible, un Mussolini que no había hecho el menor gesto para ocultar su presencia en España. Frente una Alemania menos exhibicionista, que no tuvo inconveniente en pactar con Franco una vez producida esa derrota el Duce se sintió empujado hacia dos propósitos contradictorios: por un lado quería vengar la derrota y por otro pensó seriamente la posibilidad de retirada de España, aún desechándola inmediatamente. No hay duda de que las noticias le afectaron muy seriamente: en los días en que las noticias fueron peores quienes le vieron describieron su «gran agitación» que estaba directamente referida a lo inesperado de la noticia. Según lo que luego contó el embajador español a Franco, Ciano le había asegurado, antes de la ofensiva, que en «tan sólo ocho días» entrarían en Madrid. Mussolini escribió en la prensa para explicar lo que sin duda juzgó como una derrota de las armas fascistas; hay que tener en cuenta, además, que a las dificultades de orden militar se sumaron, al poco, en el bando de Franco, las de carácter político en relación con la unificación, aunque fueran solventadas con rapidez ²³.

²² DGFP, D, III, 206-207, 226-227, 256-257; WHEALEY, «Hitler...», 64.

²³ DE FELICE, «Mussolini. Il Duce», C. IV; DGFP, D, III, 258; COO, busta 45/1.

Por supuesto la que nos interesa es la reacción de Franco más que la del Duce. En el momento en que todavía estaban desarrollándose las operaciones envió a Roma un emisario con documentación sobre el desarrollo de las operaciones militares. Era el coronel Villegas que, en efecto, estuvo en la capital italiana para expresar una opinión muy poco positiva acerca de la actuación de las tropas italianas. Lo sucedido fue lo suficientemente grave como para que en el curso de la estancia de su enviado, Franco llegara a pedir la sustitución del responsable máximo de las tropas italianas con un lenguaje que es un prodigio de alambicamiento, multiplicado por el carácter telegráfico de la misiva: «General Roatta conoce esta guerra. Ha estado bien en Málaga, demuestra amor a España y a nuestra causa. Reconozco que no ha estado afortunado en operación última por ignorancia estado de preparación sus tropas tal vez explicable por su ausencia por herida. Por ello no siento desconfianza en su mando pero estimo que tratándose de interés de Italia tanto como España y siendo más conocido en su país cualquier solución que Gobierno italiano adopte me parece buena». Por supuesto indicaba su deseo de lograr esa sustitución pero lo hacía dando la sensación de no atreverse a pedirlo de modo directo. El informe de Franco sobre lo sucedido en el campo de batalla, redactado con alguna falta de ortografía y una catarata de gerundios, iba directo al grano y no dejaba ningún resquicio para poder interpretar de manera benévola la derrota: los italianos habían sido incapaces incluso de mantener «una fácil línea defensiva», se habían desmoronado moralmente y no podrían ser utilizados en un plazo corto de tiempo. La conclusión para Franco era meridianamente clara y constituía, en definitiva, una ratificación de lo que siempre había pensado acerca de la ayuda italiana: «Este estado de cosas impone el reducir las fuerzas voluntarias a una o dos divisiones conservando lo mejor de ellas cambiando mandos y cuadros y entregándonos el armamento y material de las fuerzas que se supriman para suplirlas con tropas regulares españolas que, si dispongo de material, puedo organizar rápidamente». Para Franco, por tanto, Italia significaba, sobre todo, material y la ocasión le daba oportunidades para volverlo a pedir y manifestar de modo indirecto su poco interés y aprecio por las tropas italianas. En su descripción de lo acontecido sorprende la absoluta falta de efusividad con un aliado al que sin duda debía mucho, incluida la propia posibilidad de haber convertido una sublevación en una guerra civil. No hay tampoco el menor indicio de que aceptara, ni siquiera remotamente, una parte de la culpabilidad por lo sucedido por las acciones u omisiones de sus subordinados, los generales Varela y Orgaz ²⁴.

²⁴ Franco, T, 25-III-1937; García Conde, 28-III y 12-IV-1937, AMAE, leg. 1459/12. El informe

Sin duda Franco no hizo otra cosa que aumentar la descompuesta irritación de Mussolini. Sin embargo, éste se encontraba en las peores condiciones para responder airadamente. No sólo sustituyó, como quería su aliado, al general Roatta (cuyo nombre Franco escribía invariablemente mal) sino también al embajador Cantaluppo y se dio cuenta de que, en adelante, debería ayudar a Franco evitando hacerlo mediante la imposición de maniobras y operaciones de supuestos rápidos y definitivos resultados. La derrota de Guadalajara, de esta manera, facilitó la posición de Franco respecto de sus aliados italianos: la siguiente operación bélica fue sugerida por él mismo (la ofensiva a Bilbao) y le dio la oportunidad de desbordarse inmediatamente en peticiones de nuevo material. A Italia le pidió submarinos y destructores, incluso camuflándolos como españoles. Parte de las razones de la capacidad defensiva de los republicanos se atribuyeron al nuevo material recibido por ellos principalmente de Francia y Rusia. Principal obsesión de los sublevados en los meses siguientes fue tratar de evitar que el enemigo recibiera nuevos medios de combate a través del Mediterráneo consiguiendo la cesión de barcos de guerra italianos o remozando otros, españoles, con la ayuda de aquel país ²⁵.

Lo sucedido en el caso de Guadalajara sirve para definir de modo muy claro la peculiaridad de la relación hispano-italiana, que no experimentó cambios decisivos a lo largo de 1937. Siempre la insistencia en obtener la máxima ayuda posible con el mínimo costo presidió la actitud de Franco; por el momento no hubo una actitud de resistencia radical, ni de quejas por parte de los italianos aunque en ocasiones apuntó una cierta tirantez en las relaciones. Sin embargo, ésta tuvo como protagonistas mucho más a personajes de segunda fila que a los dirigentes más importantes de la Italia fascista. Los italianos se quejaban a menudo de que Franco pareciera más que nada un «magnífico comandante de batallón», pero resultara incapaz de grandes operaciones. Parecía carecer por completo de mordiente o de prisa para la ofensiva, pero eran conscientes de que en aquel momento no podían retirarse de España ²⁶.

En los meses centrales de 1937 la España de Franco se concertó con la Italia fascista para pagarle su ayuda; como es bien sabido el procedimiento para hacerlo resultó muy beneficioso para la primera al remitirse

de Franco fue publicado en TUSELL, «Franco indignado con los italianos» y procede de AV leg. 16. Ver también TUSELL-SAZ, «Fascistas...», 47 y ss.

²⁵ Nota de Sangróniz, 24-III-1937, AMAE, leg. 100 1/1.

²⁶ Sobre esta etapa en las relaciones de los dos países COVERDALE, «I fascisti...», 249-298; CIANO, *Diario*, 70, 74-75.

al futuro esos pagos. El mal recuerdo de Guadalajara dejó empantanados los aprovisionamientos durante bastante tiempo, a pesar de que Mussolini había decidido permanecer en España y seguir prestando ayuda a Franco. A mediados de mayo empezaron a producirse resistencias en la administración italiana a las entregas de material a España que, se aseguró, «afectan ya a las propias existencias necesarias para la defensa nacional de Italia». Estas dificultades duraron algunas semanas y siempre consistieron en asegurar que «no podemos más; nos es absolutamente imposible» por las razones mencionadas. Dada la limitada preparación italiana para un conflicto bélico esas frases no deben considerarse como un pretexto. Por otro lado otras manifestaciones hechas por miembros de la Administración italiana no parecen responder a un deseo preciso o una política coherente, sino a la sensación de estar invirtiendo en un conflicto de cuyos beneficios nada podía apreciarse por el momento. El ministro de Hacienda, por ejemplo, sugirió en un momento la posibilidad de que Italia se convirtiera en copropietaria de las minas del Rif encontrándose con una firme negativa por parte del embajador de Franco. En principio todos los proyectos de colaboración hispano-italianos (inclusive dotar a la Marina de Franco de nuevos barcos construidos con ayuda italiana) encontraban una buena acogida en los dirigentes superiores del fascismo pero quedaban detenidos en los escalones subalternos ²⁷.

La situación no experimentó una modificación radical sino en el mes de agosto. Se había alejado ya la batalla de Guadalajara y, además, Franco había logrado tomar Bilbao y detener la ofensiva adversaria en Brunete, pero, como seguían existiendo dificultades para el aprovisionamiento procedente de Italia, se decidió a enviar allí a quien en este momento era su principal consejero en materias económicas, su hermano Nicolás. El objetivo del viaje fue llegar a un acuerdo en torno al pago de los aprovisionamientos pero, sobre todo, cortar los suministros marítimos al adversario. Franco acompañó a su hermano con una carta en la que mostraba una mayor expresividad que en su anterior correspondencia con el Duce. Por supuesto presentó la guerra española como una faceta más de un conflicto universal. Con su tortuosa sintaxis el general español escribió: «Rusia ha encontrado en la España roja, quien la ayuda a librar la campaña contra Europa ofreciéndosele la única oportunidad que se le puede presentar de librar con sangre ajena, oro español y sin peligros de insurrección para sus tropas la batalla contra las naciones europeas y de crearse una situación estratégica en el Occidente que constituya un poderoso foco de propaganda y una base futura para acciones navales o

²⁷ Conde, 23 y 27-VI-1937, AMAE, leg. 1459/12.

aéreas». Decía haberse enfrentado en Brunete a 150 carros soviéticos y necesitar «una decisión rápida» frente al adversario; por eso había destacado a su hermano con «la misión de informaros personalmente de las necesidades de todo orden en el campo naval, del estado actual de nuestra campaña en el Mediterráneo y de la actuación que juzgo más eficaz y decisiva». «Tengo fe ciega en vuestra cooperación, —añadía—, y en que esta revista en cada momento la intensidad y el ritmo que la situación requiere». Como contrapartida a estas peticiones Franco no tenía inconveniente en hacer mención al «heroísmo» de los voluntarios italianos, término que es más que dudoso que correspondiera a su verdadero juicio sobre ellos ²⁸.

La conversación entre Nicolás Franco y Mussolini, celebrada en los primeros días de agosto versó exclusivamente acerca de los procedimientos a arbitrar para que siguiera al abastecimiento de los republicanos por el Mediterráneo. Se decidió que no se entregarían barcos a los sublevados porque el proceso de camuflarlos sería demasiado largo y complicado, pero que los propios italianos intervendrían con su marina para hundir los buques que acudían a la costa republicana. En los dos meses siguientes, hasta la conferencia de Nyon, la flota italiana hizo a Franco, con todo desparpajo, el servicio que necesitaba y de esta manera contribuyó de modo decisivo a la victoria de éste en la zona Norte. En el propio terreno de combate los italianos jugaron un papel decisivo en el desmoronamiento del frente republicano en Santander. En el momento en que llegó Nicolás Franco a Roma Ciano acaba de insistir al embajador español en la necesidad de que las tropas italianas fueran utilizadas de modo inmediato en acciones resolutivas; eso es lo que explica el propio contenido de la carta del Caudillo. Éste, por su parte, cuando Santander fue tomado, dirigió un telegrama a Mussolini que, sin duda, a éste le debió dejar muy ufano: por vez primera le agradecía la colaboración y fraternidad italianas en el combate ²⁹. Quizá fue la inminencia de esta victoria el factor decisivo que explica el cambio de clima en las relaciones entre los dos aliados. «Yo soy un verdadero amigo de España y lo seré hasta el final» , aseguró el Duce ante el embajador español; «yo quiero una España grande y nadie puede dudar de mis palabras: siempre mantengo lo que digo» ³⁰.

Pero Franco, una vez conseguida la ayuda material y normalizada la situación en su favor, no dejó de mostrar independencia respecto de sus

²⁸ Franco, 3-VIII-1937, COO, busta 45.

²⁹ Franco, 3 y 26-VIII-1937, y resumen de la conversación N. Franco-Mussolini, 5-VIII-1937, COO, busta 45.

³⁰ Conde, 22-VIII-1937, AMAE, 1459/12.

aliados italianos. En septiembre, cuando todavía quedaba gran parte de Asturias por tomar, volvió a pedir la sustitución de un general italiano. Ahora lo hizo con toda decisión y sin usar procedimientos elípticos, pero utilizó a su embajador en Roma en vez de pedirlo por sí mismo. El general Bástico fue acusado por Franco no sólo de una cierta ineficacia militar y falta de disciplina, amén de hacer alarde excesivo de sus propias fuerzas, sino, sobre todo, de contribuir de modo poderoso a «entibiar la buena armonía entre los dos ejércitos». Estos términos vagos encerraban en realidad un testimonio más del nacionalismo de Franco pues lo que Bástico parece haber intentado es «italianizar» las Brigadas mixtas italo-españolas y no entregar el material capturado a los republicanos. Resulta significativo del talante de Franco el hecho de que criticara la «vida privada» del general italiano y que hablara de él utilizando la tercera persona para referirse a sí mismo. No sólo consiguió la sustitución del general citado sino también que ocupara su puesto aquel (el general Berti) que él mismo había sugerido³¹. Por supuesto esta decisión era muy coherente con los propósitos de los italianos de conseguir una victoria rápida pues ésta sólo podía lograrse con un mando único que debía ser el de Franco; lo único que pedían los italianos era que sus voluntarios fueran utilizados en forma resolutiva.

La relación de los alemanes con Franco tuvo características distintas. Sólo entrado el mes de agosto de 1937, es decir mucho después de que lo hubiera en Italia, fue enviado un embajador de la España de Franco ante Hitler. Se trataba del almirante Magaz que había estado hasta entonces en Roma representando a los sublevados ante el gobierno italiano y el Vaticano. El acto protocolario de la entrega de cartas credenciales descubre una buena parte de la peculiar relación entre Franco y Hitler. Magaz se ofreció a «escuchar gustoso las opiniones o consejos, seguramente luminosos» del Führer dándole, por tanto, pie a emitir un juicio acerca de la política interna del bando sublevado. Pero Hitler no lo hizo. Las razones que presentó como otras tantas causas de la ayuda ofrecida a los sublevados fueron la neutralidad española en la Primera Guerra Mundial, el deseo de combatir el comunismo y el de que «existiera en Europa una España libre y fuerte con quien (Alemania) pudiera tratar, comerciar y mantener inmejorables relaciones». La solidaridad entre los dos países no era, por tanto, tan estrecha como en el caso italiano. Claro se veía el escaso deseo del Führer de intervenir en la política interna

³¹ Franco, 21-IX-1937, e informe sin firmar y sin fecha, AMAE, leg. 1459/12.

española mientras que los factores económicos le parecían de mucha mayor importancia ³².

Esto no quiere decir que no hubiera en ocasiones alguna intervención del embajador alemán en España. Faupel, por ejemplo, lo hizo ante Franco respecto de la publicación de la encíclica papal sobre el nazismo y en más de una ocasión se extralimitó en sus funciones diplomáticas: hubiera preferido, por ejemplo, que Alemania hubiera enviado a España toda una división, cosa que no hizo ³³. Sin embargo, sí cumplió muy estrictamente las instrucciones respecto de la necesidad de establecer unas relaciones comerciales muy estrechas entre su país y España. Esta insistencia plasmó en la firma de un protocolo a mediados de julio de 1937 que contenía una cláusula secreta por la que cada parte se comprometía a proporcionar a la otra las materias primas, alimentos y bienes de particular interés para el país receptor; por supuesto esto afectaba sobre todo a España como país destinado a servir a Alemania como proveedor de minerales. Otro acuerdo suscrito en la misma fecha preveía que la deuda a Alemania sería pagada en marcos o en minerales. Fue este el primer paso de una sólida implantación de los intereses comerciales alemanes en España ³⁴.

No mucho después Faupel fue cesado como embajador alemán en España. La razón principal que nos revelan las fuentes españolas y alemanas fue sin duda las malas relaciones que tenía con el responsable de la misión militar alemana ante Franco, pero puede haber jugado también algún papel su intromisión en la política española pues, como escribió Sangróniz, «también se ha achacado al general Faupel una intromisión en la política interior con determinadas tendencias que tal vez no se hayan considerado que fueran de su incumbencia». Eso no quiere decir, sin embargo, que Franco hubiera pedido su cese como en el caso, ya citado, de los dos generales italianos, sino que aunque existiera esa razón quien tomó la iniciativa fue el propio Ministerio de Asuntos Exteriores alemán, nada interesado en involucrarse en la política interior española ³⁵.

El nuevo embajador, Stohrer, hubo de enfrentarse nada más llegar a su puesto a un motivo de crisis en las relaciones entre los dos países que nada tenía que ver con la política. Un decreto del gobierno de Franco suspendió cualquier tipo de transferencias de acciones de compañías mineras ocurridas después de julio de 1936; eso y la posibilidad de que los

³² Magaz, 10-VIII-1937, AMAE, leg. 596.

³³ DGFP, D, III, 294-295.

³⁴ DGFP, D, III, 413-417 y 421-422.

³⁵ Sangróniz, 31-VIII-1937, AMAE, leg. 614/5.

sublevados llegaran a algún tipo de acuerdo comercial con los británicos se convirtió en el factor de mayor importancia para la relación hispanoalemana. Por supuesto para Hitler era también decisivo en la intervención en España contribuir a destruir, en beneficio propio, el sistema de relaciones internacionales europeo, pero eso ya rebasaba cualquier tipo de relación bilateral.

Al mismo tiempo que mantenía esta política con los países aliados el bando franquista inició, en cuanto la guerra se estabilizó como un conflicto prolongado, algún contacto más profundo con los países democráticos que habían sido los principales mediatizadores de la política exterior española en los años anteriores a la segunda república y durante ella misma. En estos contactos no tomó parte alguna Franco ni parece que tomara la iniciativa de ellos pero sí los diplomáticos de filiación conservadora que trabajaban para él. Sin duda en ellos se daba mayor proximidad respecto de los elementos de idéntica significación en la política francesa y británica; además da la sensación de que las relaciones que tenían con Francia y Gran Bretaña era más intensas y servían a la causa de Franco para contrapesar la influencia italoalemana. Ya desde enero de 1937 Sangróniz aseguró a los alemanes que mantenía relaciones muy directas con los británicos a través de Chilton, el embajador que residió durante toda la guerra en San Juan de Luz. El propio Franco manifestó al embajador alemán, quizá para moderar sus pretensiones, que Francia había intentado la reanudación de relaciones comerciales ³⁶.

Pero la realidad estaba alejada de estas pretensiones excesivas. En la práctica el contacto entre la España de Franco y Francia y Gran Bretaña se redujo a tan solo unos contactos, que podían perfectamente ser interpretados como puramente personales, en territorio francés y en los que tomaba parte casi exclusivamente Sangróniz; otra cosa es que, por ejemplo, se mantuviera la relación comercial anglo-española en el marco de una guerra que todavía se consideraba como breve ³⁷. En realidad no hubo un intento verdaderamente serio por parte del bando franquista para obtener el reconocimiento como beligerante hasta el mes de junio de 1937, cuando ya estaba en pleno desarrollo la ofensiva en el País Vasco. Hasta entonces Sangróniz se había limitado a mantener conversaciones de tipo exclusivamente amistoso con los representantes de ambos países en la costa vasco-francesa. El embajador francés, muy impresionado por la revolución española, recibió su visita en abril; luego, en sus visitas a la zona controlada por Franco para defender los intereses de súbditos

³⁶ DGFP, D, III, 200-201, 243-244.

³⁷ Sobre este particular véase el libro de MORADIELLOS, «Neutralidad benévola», *passim*.

franceses, oyó del jefe del gabinete diplomático y del propio hermano de Franco seguridades de que los sublevados no tenían compromisos respecto del futuro e incluso que tampoco Alemania e Italia habían pedido nada (lo que era por completo falso pero indica un deseo de independencia). La nota de comienzos de junio argumentaba extensamente y en tono aséptico acerca de la existencia de los beneficios que podía reportar para las dos partes el reconocimiento de la beligerancia. El juicio del embajador francés, muy próximo a Azaña en tiempos de la República, fue positivo, aunque en ello no fue seguido por su Gobierno³⁸. Unas semanas después, a comienzos de julio, la diplomacia de Franco hizo pública una nota en la que, en tono mucho más decidido, venía a indicar que los países que no reconocieran la beligerancia del bando franquista no podían extrañarse de que en el futuro se desencadenaran represalias económicas en su contra³⁹.

El factor económico jugó, en efecto, un papel muy importante como elemento para explicar el acercamiento de la España de Franco y la Gran Bretaña. Muy pronto, para protegerlos, recomendaron algunos consules británicos un cierto reconocimiento «de facto»⁴⁰. La propia cronología lo prueba pues si Bilbao cayó en manos de los sublevados el 19 de junio el primer día de este mes había llegado a Londres el Duque de Alba como enviado de Franco. Sus primeros contactos fueron puramente personales mas que diplomáticos pero su prosapia aristocrática le daba acceso a medios sociales de la mayor importancia. A mediados de mes se entrevistó con el Rey Jorge V y dio de la situación española una imagen que merece la pena recoger porque constituye un buen ejemplo de la pluralidad existente en el bando franquista y de la muy diferente manera en que aparecía este ante el exterior. Prometió Alba que no habría «ni cesiones de territorio nacional» y que «ni se piensa en alterar el equilibrio mediterráneo»; las relaciones con Alemania e Italia no implicaban compromiso alguno y se mantendrían las normales de carácter comercial con Gran Bretaña. Alba habló también del futuro y lo hizo en unos términos que es probable que no hubieran gustado, ni siquiera a estas alturas, a Franco. Se proclamó partidario del restablecimiento de la Monarquía pero recordó que «en materia de restauraciones la historia nos enseña que casi siempre se inclina por la gente moza»; quería, por tanto, como pretendiente a don Juan y no a su padre⁴¹. Solo a comienzos de diciembre

³⁸ DDF, V, 535-537, 684-685 y VI, 94-95; la nota de b-VI-1937, en AMAE, leg. 1050/22.

³⁹ ABC (Sevilla), 6-VIII-1937.

⁴⁰ Consul en Vigo, 30-IX-1936, PRO, FO, 371/20540.

⁴¹ Alba, 15-VI-1937, AMAE, leg. 589.

visitó el Foreign Office y tuvo un contacto directo con la diplomacia británica.

Lo pudo hacer ya en su condición de agente diplomático reconocido oficialmente. Sangróniz, que había mantenido periódicas consultas con el embajador Chilton en San Juan de Luz, logró acelerar el establecimiento de una relación solo «de facto» sólo después de la caída de Bilbao y a cambio de la aceptación de un agente comercial británico. Sin duda había prometido que los intereses de este país habrían de ser respetados porque esta fue la cuestión que movió a más protestas de Chilton ante algunas afirmaciones especialmente duras de algunos de los dirigentes sublevados como Queipo de Llano que amenazó con represalias contra un país que no reconocía a los sublevados⁴². El embajador británico apoyó de manera decidida la idea ante sus superiores. Finalmente la operación tendente al establecimiento de unas relaciones «de facto» concluyó a fines de octubre de 1937 cuando ya había sido liquidado el frente Norte. Aunque también participó de forma indirecta en la cuestión Nicolás Franco, tomó la iniciativa Sangróniz, a comienzos de septiembre, proponiendo que los agentes diplomáticos de las dos partes fueran reconocidos como tales y adquirieran, por tanto, status legal y los privilegios correspondientes; tras una serie de demandas británicas, relativas a algunos barcos y personas detenidos por los franquistas, que fueron satisfechas, la relación oficiosa quedó establecida aunque Sangróniz dejó claro que la concebía sólo como un primer paso hasta el establecimiento de una relación plena⁴³.

En el caso de Francia no sucedió lo mismo. Con la caída de Bilbao el embajador francés Herbertte propuso ya de manera taxativa el reconocimiento de los sublevados; de hecho veía en Franco una actitud «de equilibrio internacional fuera y de tradición nacional dentro». De ello se había convencido gracias al contacto con los funcionarios diplomáticos franquistas cuyo perfil conservador tradicional ya hemos descrito. Estaba, además, dispuesto a creer, en el verano de 1937, que se estaba produciendo una decadencia de la Falange y que en el futuro le habría de corresponder a Gil Robles desempeñar un papel de primera importancia en la vida política española, dos cosas totalmente falsas⁴⁴. A comienzos de septiembre la diplomacia de Franco hizo a su vecina del Norte idéntica propuesta de establecimiento de unas relaciones de hecho que había he-

⁴² Nota de la Embajada británica, 14-VIII-1937, AMAE, leg. 599/2.

⁴³ Toda esta negociación en AMAE, leg. 1050/22 y el PRO. FO, 371/21292, 21294, 21295 y 21298.

⁴⁴ DDF, VI, 160-162, 289-290, 363-364, 457-459.

cho también a la Gran Bretaña, pero añadió una nota amenazadora al prometer la mas estricta reciprocidad en el caso de no lograr respuesta urgente a la demanda que se presentaba. Herbette, como sabemos, estaba de acuerdo en tomar una medida como esta, pero no era ese el planteamiento de su gobierno que le destituyó por creer, con razón, que estaba demasiado identificado con el bando de Franco ⁴⁵. Esta destitución alejó rotundamente las posibilidades de llegar al establecimiento de algún tipo de relaciones oficiosas y el nombramiento de un nuevo embajador ante el Frente Popular a fines de año no hizo sino ratificarlas. Quiñones de León aconsejó desde París «no tener una actitud transigente sino hacer en España la presión que las circunstancias consientan aprovechando las ocasiones que se presenten para dar la sensación de que los intereses franceses exigen para su protección una política de aproximación al Gobierno Nacional» ⁴⁶. Su posición era, por tanto, moderada con respecto a una Francia que, al mismo tiempo, era objeto de durísimos ataques en la prensa del bando franquista. Alba y él ofrecían, por tanto, una imagen exterior del bando sublevado diferente de la que objetivamente le correspondía y lo hacían, además, traduciendo un talante que en política interior debía tener un correlato programático.

Ésto es lo que explica la sustitución de Sangróniz, ya prevista a finales de 1937. Los dirigentes fascistas italianos no ocultaron ni por un momento, incluso ante españoles, la prevención que tenían respecto de él, por anglófilo, y en alguna ocasión la hicieron extensiva al propio Nicolás Franco. El diplomático español tuvo un momento de sinceridad con Chilton, el embajador británico. Ya que Francisco Franco se había identificado con la Falange, él sentía también la «obligación» de hacerlo, pero dejó claro que lo hacía de manera parcial y muy poco entusiasta. Era consciente de que iba a ser sustituido y que a los monárquicos como él lo mas probable es que les tocara desempeñar un papel de escasa importancia, en especial ante un Estado totalitario como ahora parecía emerger ⁴⁷. Nunca como en esta conversación quedó tan clara la duplicidad en la que desenvolvía la política exterior de Franco.

TENSIONES ENTRE ALIADOS

Con el cambio de año, a comienzos de 1938, se produjo en la política exterior de Franco un cambio en las personas de los ejecutores cuya tras-

⁴⁵ Nota del 5-IX-1937 en AMAE leg. 1050/21 y Sangróniz 3-X-1937, AMAE, leg. 1050/22.

⁴⁶ Sangróniz, 17-XII-1937, AMAE leg. 1050/21 y Quiñones, 20-XI-1937, AMAE, leg. 1001/1.

⁴⁷ Chilton, 15-XII-1937, PRO FO 371/21302.

endencia conviene examinar como primer medio para llegar a conocer el contenido y significación de las decisiones tomadas a este respecto. Sangróniz había sido principal responsable de la política exterior de Franco y, como tal —lo acabamos de ver— en los medios italianos y alemanes solía ser acusado de partidario de la Gran Bretaña; idéntica adscripción se atribuía al Duque de Alba. En general algo parecido puede decirse de los principales diplomáticos al servicio de Franco: hombres de la derecha tradicional mucho más que del fascismo, se encontraban mucho más cercanos al conservadurismo británico más tradicional que al nazismo. También otros de los más importantes ejecutores de la política exterior de Franco pertenecían a ese género derecha católica y autoritaria que repudiaba, en principio, la demagogia social y el partido único. Pero, al mismo tiempo, si tenemos en cuenta estos antecedentes podríamos tener una imagen incorrecta de la realidad política de la España de Franco. Hay que tener en cuenta que mientras estos actores principales de la política exterior trataban de ofrecer una determinada imagen de la España de Franco al mismo tiempo tenía lugar en el interior de ella una unificación que beneficiaba a la Falange mientras que la victoria era hecha posible por la ayuda de unas potencias fascistas de las que, aunque se quisiera obtener lo máximo posible con el mínimo precio, también se admiraban las instituciones políticas.

El nombramiento de otra persona en sustitución de Sangróniz (y el mismo hecho de prescindir de Nicolás Franco) fueron apreciados positivamente por los países fascistas. Sin embargo si bien se mira ningún cambio fundamental se había producido: el general Jordana también tenía mucho más que ver con el mundo de la derecha española tradicional que con el fascismo. Había sido un colaborador eminente de la política exterior de Primo de Rivera en lo que respecta a Marruecos y, por tanto, su mundo estaba cercano a la derecha de este país y de la británica. Como responsable de la política exterior su obra se dirigiría fundamentalmente a estos dos países. Es lógico que así fuera: a fin de cuentas la Italia y la Alemania de la época eran ya aliadas; a ellas, sin embargo, se les aplicó la estrategia, en parte obligada, de presión para lograr el máximo de ventajas, no eludiendo incluso momentos de tensión. Los países de significación democrática, en cambio, fueron objeto de seducción, mientras se trataba de presentar a la España de Franco como idéntica al conservadurismo tradicional, lo que no era cierto, pero tampoco lo era que la España republicana fuera una democracia ejemplar. A estos últimos países les dedicó probablemente mucho más tiempo Jordana que a Italia y Alemania.

La política de Jordana tuvo como horizonte principal la Gran Bretaña. En unas instrucciones enviadas al Duque de Alba le indicaba, sin duda

con plena sinceridad, que «concedemos más valor a la amistad de Inglaterra que a la de Francia». La primera y España tenían coincidencias estratégicas y económicas mientras que la segunda practicaba una errada «complicidad con la «España roja». Al Duque de Alba, sin duda el embajador con el que tuvo mayor confianza, por afinidad de principios, le indicó que era un «error profundo» creer que Franco estaba ligado con los países fascistas por unas relaciones que implicaran la disminución de la soberanía propia ⁴⁸. Esta actitud fue sentida y practicada, al menos en los límites que le fue posible. Era servida con una gran capacidad de trabajo, un orden y una prudencia que beneficiaron de manera considerable la causa de Franco. Cabe preguntarse, sin embargo, hasta qué punto existía una identidad de criterios entre el Jefe del Estado y su vicepresidente del Gobierno y ministro de Asuntos Exteriores. La respuesta no es fácil porque el segundo era fidelísimo a Franco y porque su diario revela identidad de criterios en cuanto a política exterior con solo alguna excepción mientras que las diferencias son mucho mayores en relación con la política interior, protagonizada principalmente por Serrano. Además los despachos de Franco con Jordana eran largos y cuando el primero estaba en el frente no por eso dejaba de despachar por teléfono con el responsable del Ministerio de Asuntos Exteriores. Por supuesto había una identidad de fondo: el común nacionalismo, resistente a cualquier tipo de mediatización por parte de los propios aliados; la resistencia avariciosa a cualquier tipo de cesión respecto de las ventajas logradas hasta entonces (por ejemplo, a la retirada de los voluntarios); la negativa a cualquier propósito de mediación; una visión conspiratorial de la Historia que culpaba a la masonería de los males propios. . . etc. Pero el tono fue muy a menudo distinto en cada uno de ellos. El lenguaje de Franco nunca dejó de zaherir a las potencias democráticas mientras que, al menos en privado, el de Jordana era muy distante del nazismo alemán o el fascismo italiano. Hay pruebas de esta diferencia de criterios. En una nota redactada en el último trimestre de 1938 de su propia mano, Franco ofreció toda una antología de insultos al adversario político, lo que entraba dentro de la lógica de una guerra civil; lo que, en cambio, resultaba excesivo y contraproducente era que involucrara de modo indirecto a los tribunales franceses que eran los encargados de determinar si los depósitos debían ir a parar a manos de una España o de otra. La anotación que sobre este texto de Franco hizo Jordana («Pendiente informe pedido a Quiñones») testimonia una voluntad de moderar a su superior jerárquico que puede haber sido ejercida en más de una ocasión ⁴⁹.

⁴⁸ Jordana, 25-IV-1938, AMAE, leg. 833/17.

⁴⁹ Sin fecha, en AFGJ.

Un dato que no hay que perder de vista al tratar de la política exterior a lo largo de 1938 es la situación de las relaciones internacionales europeas. Su empeoramiento se había presagiado durante 1937 en que la No intervención quedó convertida en papel mojado: tan solo Gran Bretaña la practicó con autenticidad. Eso le sirvió a Franco para poner todo tipo de obstáculos a la retirada de voluntarios extranjeros como, por ejemplo, la negativa a considerar entre ellos a los marroquíes, limitación de la retirada a la infantería, propósito de que se retiraran el mismo número de personas por parte de cada bando... etc. En realidad, aunque Franco acusara al adversario de «mala voluntad» en este terreno él la practicó con toda intensidad⁵⁰. Jordana, por su parte, temió que una cuestión como esta fuera objeto de intercambio en las negociaciones entre las potencias europeas: podía por ejemplo contribuir a que Italia y Alemania dieran satisfacciones a Gran Bretaña⁵¹. Siempre los dirigentes españoles pasaron por el temor de que en tratos particulares entre las diversas potencias en torno a la guerra se decidiera sobre su destino.

Pero luego fueron dificultades internacionales, no relacionadas con el conflicto español, las que provocaron el enconamiento de las potencias europeas en relación con él. La ocupación de Austria por Alemania en marzo de 1938 coincidió con el derrumbamiento del frente aragonés y eso motivó un acentuado temor de la opinión pública francesa que vio en el avance de Franco «un peligro vital» para el vecino país. Fue entonces necesaria una «intensísima labor» por parte de Jordana en el sentido de desligar los avatares de la guerra civil española de cuanto sucedía en Europa. Ese fue, además, un rasgo muy característico de la diplomacia de Franco que siempre se ciñó a la Península de manera muy estricta durante el período bélico, procurando evitar la repercusión de acontecimientos europeos en ella. Los diplomáticos de Franco utilizaron como medio para convencer a Francia de la ausencia de propósitos agresivos propios el acceso directo al mariscal Pétain, tan influyente en los medios militares y tan admirado por Franco⁵².

El mes de abril fue, según Jordana, «bien en general pero muy movido». En él la España de Franco vio como se completaba el reconocimiento por parte del Vaticano, con el envío de un nuncio, y de Portugal, pero el acontecimiento más importante fue el acuerdo al que se llegó en-

⁵⁰ DGFP, D, III, 471, para la posición de Franco respecto de la retirada de voluntarios; ABC (Sevilla), 15-II-1938.

⁵¹ Nota al Consejo de ministros, s. f., AMAE leg. 834/114.

⁵² Notas al Consejo 18 y 25-III-1938, AMAE leg. 834/14 y Jornada, *Diario*, 27-II a 10-III-1938. En idéntico sentido declaraciones de Franco en ABC (Sevilla), 25-III-1938.

tre Gran Bretaña e Italia. Lo decisivo del acuerdo era, en teoría, la coincidencia de los dos países respecto de la retirada de combatientes extranjeros, pero en realidad más aún lo era la afirmación del segundo de los países citados en el sentido de que retiraría sus tropas una vez concluida la guerra civil en el caso de no haberlo hecho hasta ese momento. Con ello, en la práctica, Gran Bretaña daba por supuesta la victoria de Franco y limitaba sus deseos a tan sólo el futuro; por supuesto estos deseos eran coincidentes con los de los dirigentes de la España de Franco. Parece, por tanto, haber tenido razón el Ministro de Exteriores español cuando escribió en su diario que «en general la situación internacional es muy favorable con la salvedad de Francia», la cual seguía permitiendo el paso de armamento para los republicanos por la frontera pirenaica. Pero Francia podía ser controlada, como de hecho lo fue. Hubo un momento en que se pensó por ella en la posibilidad de enviar tres divisiones a Cataluña. La España de Franco contó, sin embargo, con dos apoyos de importancia para evitarlo: una Italia que decía estar dispuesta a ir a la guerra en el caso de intervención francesa en España y una Gran Bretaña que, como escribió Jordana, constituía «la más firme garantía con que podemos contar para evitar que Francia se lance a la aventura»⁵³. El aislamiento francés, unido a los avatares de su política interna, convertían a este país, el más amenazado por la evolución bélica en España, en por completo inerte. Ya en mayo Jordana escribió en su diario que «nosotros hemos hecho lo humanamente posible para fomentar esta ofensiva diplomática contra Francia».

La posición de la España de Franco era, por tanto, cada vez más fuerte. Ya se podía permitir poner en cuestión el posible establecimiento de relaciones con algunos países como Checoslovaquia o Francia si seguían manteniendo el aprovisionamiento de armas a la República. También testimonia la seguridad que había ido adquiriendo la diplomacia de los sublevados el hecho de no eludir un conflicto surgido unas semanas después. Los bombardeos realizados sobre los puertos levantinos fueron objeto de protestas por parte de los republicanos y éstos, a su vez, influyeron en los gobiernos de Francia y Gran Bretaña para que lo hicieran a su vez ante la España sublevada. La reacción de ésta fue muy decidida y en este caso el motivo de haberlo sido puede haber dependido del propio Franco puesto que entre la documentación suscrita por Jordana y su propio diario hay unas diferencias de matiz importantes: al Jefe del Estado se le atribuye una «firme actitud» mientras que el «Diario» denota

⁵³ Jordana, *Diario*, 15-IV a 1-V-1938; ABC (Sevilla), 17-IV-1938; nota desde París, 30-IV-1938, AP busta 33, nota de Jordana a los ministros, 4-IV-1938, AMAE leg. 1057/1.

temor «a que algo grave ocurra» por lo «complicado» de la situación. Llama la atención, además, que el Ministro de Asuntos Exteriores aprovechara la ocasión para afirmar ante sus compañeros de Consejo que Chamberlain «hace esfuerzos sobrehumanos para sostener la paz»; el juicio sobre éste no podía ser más positivo. El problema arreció con el transcurso del tiempo y amenazó con convertir un episodio de la guerra civil española en un motivo de conflicto internacional puesto que Italia apoyó con idéntica decisión la postura de Franco. Sin duda para Jordana era esencial mantener esa actitud de colaboración con Chamberlain, del que dijo en Consejo de Ministros que «hoy merece el respeto y la consideración de todos los países por su simpática, gallarda y eficaz posición a favor de la paz y, en general, viene conjurando con gran habilidad, todos los conflictos provocados por los extremistas en relación con nuestra guerra». De ahí que Franco hiciera unas declaraciones más conciliadoras en las que se mostraba dispuesto a aceptar que hubiera un puerto para desembarco de material no bélico alejado del frente e incluso a aceptar una comisión de investigación para comprobar los posibles efectos en instalaciones civiles de los bombardeos ya efectuados. La cuestión fue objeto de dos conversaciones sucesivas entre Jordana y el agente británico Hodgson, nombrado a fines de 1937, en el sentido de habilitar como tal puerto a Almería y concluyó quizá por la misma disminución de los bombardeos nacionalistas⁵⁴. Fue este un testimonio más de que había matices diferenciales entre Franco y Jordana y que éste, en ocasiones, podía ver triunfar los propios. También, sin embargo, lo sucedido en esta ocasión demuestra hasta qué punto la guerra civil española iba entremezclándose en la coyuntura internacional y bordeando, de esta manera, una conflagración generalizada. Dada la dificultad de cualquier solución que pasara por la mediación e incluso los problemas para llegar a acuerdos parciales como, por ejemplo, la retirada de voluntarios extranjeros⁵⁵, no puede extrañar que finalmente se produjera un conflicto, como el checo, que estuvo a punto de provocar la guerra. Antes de tratar de esta circunstancia, sin embargo, será preciso desgranar la peculiar relación de la España de Franco con las cuatro principales potencias europeas.

De los dos aliados de que disponía Franco con quien tuvo mayores problemas pero también mejores testimonios de identidad a lo largo de

⁵⁴ Nota al consejo de ministros, 15-VI-1938 y otra posterior, s. f., AFGJ; Jordana, *Diario*, VI-1938; *ABC* (Sevilla), 28-VI-1938.

⁵⁵ A fines de agosto la España de Franco publicó una larga nota sobre esa retirada de voluntarios (*ABC* [Sevilla], 23-VIII-1938). Había sido consultada con Italia y Alemania, pero mostraba una posición muy cerrada en relación con esta retirada, a pesar de la mayor flexibilidad de estos países.

los primeros meses de 1938 fue con Italia. Después de la crisis del verano de 1937 la estrecha relación entre Franco y Mussolini había quedado reconstruida y las victorias del primero parecían dar la sensación de convertir en posible el ideal perseguido por los fascistas italianos, es decir una victoria rápida. En los dirigentes italianos se percibía un entusiasmo que les hacía arriesgarse de manera imprudente. La mejor prueba de ello la encontramos en los bombardeos de Barcelona realizados sin consulta alguna a Franco desde la propia Italia. El primer día del año 1938 el subsecretario de la aviación Valle italiana participó en este tipo de acción para «documentar de forma tangible como nuestros aparatos pueden llevar a cabo una acción de guerra a mil kilómetros con una tonelada de bombas» y «llevar el saludo del buen año a los rojos». Días después el propio Ciano le comentaba al embajador español que «yo mismo he ido en un Savoia a bombardear Barcelona», lo que es tan improbable como significativo ⁵⁶.

La situación cambió radicalmente con la batalla de Teruel, que no sólo dio la sensación de detener el avance de Franco sino que fue el único caso de una capital de provincia que pasó de los sublevados a los republicanos en el transcurso del conflicto. Los italianos se encontraron, entonces, con que Franco, en vez de proseguir hacia Madrid, se encontraba con una inesperada ofensiva adversaria que remitía el fin de la guerra hacia fechas remotas. La decepción de Mussolini explica la bronca que propinó a Franco; lo sucedido en Teruel constituía para él la mejor prueba de que la guerra no se llevaba al ritmo adecuado.

El término «bronca» no parece exagerado leyendo el texto escrito por el Duce. Pretendía, en efecto, ser «la carta de un amigo que le ha dado y le continuará dando pruebas de su amistad y que tiene más que el derecho el deber de hablarle con la máxima sencillez». Pero a continuación pretendía darle al general español lecciones en aquel terreno en el que más ofensivo podía resultarle, el de la dirección de las operaciones militares: los «rojos» habían destrozado su ofensiva con un ataque parcial y seguirían haciéndolo. Claramente se dejaba entrever en el texto de Mussolini que pensaba que Franco estaba esperando a la descomposición interna del adversario en vez de liquidar la guerra en el campo de batalla. «Si no quiere hacer crónica la guerra, con los enormes peligros que ello implica, incluso de carácter interno, añadía, es necesario preparar una maniobra de masas que lleve a la destrucción del aparato enemigo». Y, una vez señalado el rumbo que había de seguir Franco concluía con lo que sólo podía interpretarse como una amenaza: «Si este es vuestro plan

⁵⁶ Valle 1-I-1938, COO busta 46; Conde, 20-I-1938, AMAE leg. 1459/12; CIANO, *Diario*, 81.

dígame lo que puedo hacer por Vd. Si este no es su plan y espera de otros factores la decisión es claro que la permanencia de los legionarios hasta cierto punto deberá terminar, porque ya no tiene sentido». La carta era lo suficientemente perentoria como para concluir con un «Espero su respuesta». Ciano la calificó en su diario como «fuerte» y por aquellos días reconoció en su diario que la guerra española era impopular en Italia. De nuevo ambos tuvieron la tentación de abandonar la Península⁵⁷.

Pero ¿pensó realmente el Duce en una retirada de sus tropas? Es más que dudoso porque lo que de verdad quería era que la guerra concluyera cuanto antes. La correspondencia diplomática italo española durante el mes de febrero está llena de alusiones a la necesidad de empleo de los legionarios y esa misma presión testimonia que, en realidad, las posibilidades de que fueran retirados siempre fue remota. Franco debió ser consciente de ello pues se limitó a asegurar que siempre había querido utilizar las tropas italianas en acciones de éxito seguro para mayor prestigio del Duce. Como hacía siempre que la relación con los italianos se deterioraba no tuvo inconveniente en hacer una alabanza de sus capacidades militares; el embajador italiano le oyó hablar con «calurosa convicción» al respecto de los legionarios. Pero a los italianos todo esto no les bastaba. La indignación de Mussolini se multiplicó entre otros motivos porque la perentoria carta que había escrito a su aliado no había tenido respuesta alguna. «No se deja una carta del Duce —y qué carta— sin respuesta por algunas semanas», aseguró Ciano al embajador italiano en España.

Franco, en efecto, había empleado frente al dirigente fascista su procedimiento favorito ante las dificultades, que fue siempre la dilación. La carta de respuesta testimonia tranquilidad, muy superior a la que tuvieron los propios mandos de su ejército en plena batalla de Teruel. Explicó ahora, cuando la batalla estaba ya en sus fases finales que el «episodio» de Teruel «no encierra más que un pequeño retraso en nuestra marcha». El adversario había desencadenado una ofensiva sin tener elementos suficientes para aprovechar el éxito inicial y había sufrido un «desgaste terrible»; si la contraofensiva había tardado algo la razón estribaba en que todavía había resistencia en la retaguardia asturiana. En cuanto a las opiniones estratégicas de Mussolini Franco decía compartirlas porque «en mis cálculos nunca ha pasado la posibilidad de un derrumbamiento espontáneo (sic, con una gloriosa falta de ortografía) de la retaguardia enemiga». La conclusión a la que llegaba era cierta, como los acontecimientos demostraron: «la guerra —añadía— se ganó definitivamente en el

⁵⁷ Mussolini, 2-II-1938, COO busta 46.

Norte y se rematará y hará efectiva en el Centro». «Yo —concluía— estoy resuelto a dar la batalla o batallas definitivas»⁵⁸. Pero para ello decía necesitar más material y a continuación desgranó, impávido, una larga lista de peticiones.

El Duce, en realidad, aunque aseguró a primeros de marzo su coincidencia con Franco y le mostró su admiración por su talla política y militar, quedó con un evidente poso de indignación por lo ocurrido. En el fondo lo que Franco tenía era buena suerte, como quedaba testimoniado por la dimisión reciente de Eden. «La fortuna pasa de nuevo junto a Franco, le dijo a Berti, el general que mandaba sus tropas en España, lo que es inaudito en la vida de un hombre». En su diario Ciano dio, sobre el particular, otra versión más erótica de la frase que le había oído a su suegro: «La fortuna es una prostituta que se ofrece fugazmente y después pasa a otros»; había, pues, que «cogerla por los pelos». A la actitud de los dos dirigentes fascistas, menos generosos que lo habitual, hubo que sumar la de los escalones intermedios de su administración: un ministro dijo ya al embajador español que «la capacidad económica de Italia no permite en absoluto seguir la marcha emprendida para ayudar a España»⁵⁹. Tenía, sin duda, razón porque la generosidad italiana con la España de Franco puso en peligro la propia preparación italiana para la segunda guerra mundial.

Consciente de la situación, Franco recurrió a una decisión extraordinaria: envió a Roma a un emisario excepcional, su propio hermano Nicolás, que tan decisivo papel había desempeñado en la política interna hasta hacía unos meses. Jordana llamó al embajador italiano y le explicó que si el hermano del Caudillo iba a Roma era para partir de «una base segura» en las negociaciones, evitar «un compás de espera» en la entrega de armas y disipar cualquier tipo de malentendido. La reacción encontrada fue positiva: también el embajador italiano pensaba que se debía aprovechar las ventajas obtenidas en Teruel y evitar un cambio en la situación bélica motivado por los posibles refuerzos logrados por los republicanos⁶⁰. Los dirigentes del franquismo dijeron estar dispuestos a reducir al mínimo sus pretensiones respecto de la ayuda italiana, pero recientes acontecimientos convirtieron este propósito, de cuya sinceridad hay suficientes motivos para dudar, en algo ficticio, pues la reciente pérdida

⁵⁸ Viola 24-II, Ciano 26-II, Franco 16-II-1938, COO, busta 46. Franco escribió esta carta a mano y así le llegó a Mussolini.

⁵⁹ Mussolini 5-III-1938 y conversación con Verti, 16-II-1938, COO busta 46; Conde T 26-II-1938; CIANO, *Diario*, 103.

⁶⁰ Minuta de la conversación a mano en AMAE, leg. 833/29; Viola, 5-III-1938, COO busta 46.

del «Baleares» quiso ser cubierta con la compra (en realidad, como siempre, entrega a crédito) de un crucero italiano y dos destructores más.

Nicolás Franco fue a Italia acompañado de quien habría de ser, con el transcurso del tiempo figura de primera importancia en la política económica del régimen, Arburúa, con una carta de su hermano que de nuevo era muy lisonjera para Mussolini. Prometía un «final rápido» de la guerra y alababa el «genio político de quien, como Vd., rige providencialmente los destinos de ese Imperio», pero la mayor parte del texto estaba dedicado a pedir esos barcos ya citados⁶¹. Realmente esta ocasión es un buen testimonio de lo mucho que pedían los seguidores de Franco: aparte de los barcos y de pagar lo menos posible por lo ya entregado, querían que los italianos no llegaran a acuerdo alguno con Gran Bretaña que pudiera poner en peligro sus relaciones con ellos.

La negociación fue complicada y larguísima pero al hermano de Franco (una vez más a los familiares del Caudillo les correspondía un papel político fundamental) nunca le faltó la «cordialidad acentuada» de Mussolini. Durante todo el mes de marzo de 1938 los italianos dieron la sensación de esperar para fechas próximas la finalización del conflicto (eran los momentos del derrumbamiento del frente de Aragón) y de no querer comprometer, por ello, sus conversaciones con los británicos, que concluyeron a mediados de abril con la promesa de que abandonarían España una vez acabada la guerra. De la tensión de todo el proceso negociador da cuenta el hecho de que Nicolás Franco pidiera a su hermano una nueva carta para el Duce, petición que no fue aceptada porque «el generalísimo estima que no debe prodigar sus cartas» y que Arburúa fuera enviado desde Roma a Cádiz para consultas. La posición negociadora de los españoles se benefició de las victorias de Franco que, a mediados de abril, consiguió dividir en dos la zona controlada por sus adversarios. A comienzos de mayo, tras mes y medio de conversaciones, la situación quedó resuelta: la España de Franco solo pagaría en divisas una parte reducida de los gastos contraídos con Italia. Las victorias habían vuelto a satisfacer a Mussolini que de nuevo declaraba al embajador español que «yo soy un amigo de España hasta el último momento». A mediados de dicho mes se celebró en los países un día de solidaridad en el que participó, en Roma, Millán Astray⁶². Las relaciones entre los dos países pasaron entonces por una etapa de plácida identidad que duró hasta el momento de la crisis de Munich. Cuando se planteó la eventual retirada de

⁶¹ Franco, s. f., AMAE, leg. 833/29.

⁶² La negociación se puede seguir a través de los telegramas enviados por cada representación diplomática que aquí no detallamos.

los voluntarios Franco planteó una seria resistencia, en especial con respecto a los italianos, que eran uno de sus cuerpos de maniobra y cuya aviación de caza era para él absolutamente fundamental. Es muy posible que el nuevo empeoramiento de las relaciones se produjera por el empantanamiento de las operaciones militares, ahora en la batalla del Ebro. *Por única vez el Duce dijo pensar que, al final, Franco iba a ser derrotado porque había perdido sus mejores oportunidades* ⁶³.

Con Alemania las relaciones no pasaron por estos súbitos cambios de ánimo dependiendo de la evolución de las operaciones bélicas, pero por eso mismo Franco obtuvo menos ventajas y fue objeto de mayores exigencias. Ya desde el otoño de 1937 se había iniciado una creciente presión sobre Salamanca para obtener de ella ventajas comerciales y evitar que la obtuvieran los británicos. La verdad es que, en principio, la posición de los colaboradores de Franco era reticente a la posibilidad de concesiones generosas: el propio Nicolás Franco dijo a los representantes de las compañías mineras alemanas que el decreto acerca de esta rama de la producción no iba dirigido tan solo a evitar la enajenación de las minas por parte del adversario militar sino del aliado alemán; además, la cuestión no podía ser resuelta sino en el momento de constituirse un gobierno con lo que, además, quedaba remitida a un futuro impreciso ⁶⁴. Como al mismo tiempo el agente comercial británico, Hodgson, empezaba a actuar en Salamanca los alemanes empezaron a sospechar que se habían hecho grandes concesiones a este país; en realidad, se legisló sobre las minas por sentirse los sublevados más libres de la dependencia de sus dos aliados iniciales. La posición, tanto de Sangróniz como de Nicolás Franco, fue claramente dilatoria a finales de 1937 y ello sin duda acentuó la suspicacia alemana pues al primero italianos y alemanes le consideraban como claro partidario de Gran Bretaña. Los diplomáticos alemanes acabaron llevando la cuestión al propio Franco en una conversación celebrada uno de los últimos días de 1937. La acogida fue cordial hasta que se habló de la cuestión crucial, momento en que el Caudillo mostró su frialdad. En el curso de la conversación llegó a decir que le había «extrañado» que los alemanes estuvieran comprando «clandestinamente» las minas españolas; llegó a añadir incluso que no se había dado cuenta de que esa era una consecuencia directa de los pactos que ya había suscrito ⁶⁵.

⁶³ Conversación con Berti, 20-VIII-1938, COO busta 46; CIANO, *Diario*, 173. Fue, según el italiano, «un largo coloquio entremezclado con largas divagaciones, como de costumbre». Durante estas conversaciones se produjo la crisis checa.

⁶⁴ Informe de la embajada alemana DGFP, D, III, 499-500.

⁶⁵ Stohrer, s. f., DGFP, D, III, 538-540. Sobre las relaciones económicas entre los dos países, véase WHEALEY, «Hitler...», 72-94 y HARPER, «German Foreign Policy...», *passim*.

Esta actitud, reticente como mínimo, llevó a la adopción, por parte de Alemania, de una política firme que, en su enunciación, llegó hasta el extremo de poder utilizar incluso el ultimátum ante las autoridades españolas. La cuestión fue presentada inmediatamente a Jordana, cuando todavía era este Presidente de la Junta Técnica de Estado: Alemania tenía «necesidad imperiosa de utilizar nuestros minerales para su rearme»; en consecuencia era preciso que se estudiara la situación de las propiedades mineras «con apremio casi de horas». La respuesta del general español siguió siendo dilatoria, pero no era aquella una buena ocasión para mantener esta actitud porque, como sabemos, Franco estaba pasando por la sorpresa de Teruel⁶⁶. Otra conversación apremiante tuvo lugar a finales de este mismo mes de enero de 1938. El embajador alemán llegó a donde «le permitió el límite de un tratamiento amistoso de la cuestión que le había sido aconsejado por Berlín», es decir al borde de la impertinencia. Además inmediatamente ratificó por escrito su deseo de que las peticiones mineras alemanas no fueran objeto de un tratamiento puramente jurídico sino que se «tuvieran en cuenta las relaciones tan estrechas entre los Gobiernos»; de esto a la amenaza de suspender la ayuda sólo había un paso. En realidad el súbito cambio en la posición adoptada por Italia no tuvo correlato en algo semejante por parte de Alemania pero al mismo tiempo desde la embajada de Franco en Berlín había pruebas de una presión entrecruzada sobre él. «Es indudable —recordó Magaz— que existe en este país y muy especialmente en el Ejército una zona de opinión contraria a la intervención de Alemania en nuestra guerra»⁶⁷.

Sin llegar al tono de la bronca de Mussolini a Franco en el mes de febrero de 1938 hubo un indudable enfriamiento en las relaciones entre Franco y Alemania. Esta pensaba, principalmente por la ausencia de satisfacción de sus necesidades de minerales, que en la relación entre los dos países el gran beneficiado había sido Franco, como era cierto en puros términos objetivos. En consecuencia, el embajador alemán redactó una larga lista de propósitos que pensaba podrían conseguirse de los españoles. Todos ellos fueron intentados a lo largo de los meses que restaban de conflicto y la mayor parte conseguidos, aunque no sin resistencia, lo que prueba que la forma de tratar Hitler a Franco resultaba más productiva que las entusiásticas y un tanto megalomaniacas declaraciones de identidad características de Mussolini. A diferencia del italiano el dictador alemán actuaba por persona interpuesta, aunque el contenido de

⁶⁶ DGFP, D, III, 545-546, 553; resumen entrevista Stohrer-Jordana, 7-I-1938, AMAE, leg. 834/17.

⁶⁷ DGFP, D, III, 568; Stohrer, 26-I-1938, AMAE leg. 834/17; Magaz, 21-II-1938, AMAE leg. 833/4.

sus mensajes fuera muy parecido. A comienzos de marzo Goering que, como responsable de los planes de preparación industrial para la guerra, era el encargado de tratar con los dirigentes españoles advirtió al embajador Magaz que, dada la situación europea, «en un momento dado Alemania podía necesitar todas sus fuerzas» y que por ello todo aconsejaba «la conveniencia de acabar cuanto antes la guerra asestando a los rojos un golpe definitivo»⁶⁸. Goering no tuvo, además, el menor inconveniente en señalar su coincidencia con Mussolini.

Pero éste como hemos visto pasaba de las broncas a Franco a la expresión de la más entusiasta identidad mientras que los alemanes eran más persistentes y tenaces en el deseo de convertir en realidad lo que habían definido previamente como propósitos propios. Llevaban ya meses presionando para obtener las concesiones mineras; ahora, en abril de 1938, se les ocurrió otro procedimiento consistente en la firma de un nuevo tratado que sustituyera al suscrito en marzo de 1937. El proyecto establecía un marco general de relaciones entre los dos países y, por tanto, no pasaba de declaraciones de carácter general pero algunas de ellas revestían sin la menor duda una evidente peligrosidad para la España de Franco, que se comprometía demasiado en su política exterior futura. No había ya una promesa de neutralidad sino de «neutralidad benévola» en caso de conflicto y, además, se establecía una vinculación, bajo apariencia de camaradería, entre los dos Ejércitos. Pero, sobre todo, quedaba previsto que ambos países se prestarían «apoyo diplomático en caso de amenaza exterior contra la seguridad o intereses vitales de uno de los dos países». Esto suponía ponerse en la órbita internacional de Alemania concretando muchísimo más las vagas promesas de identificación suscritas en el anterior proyecto y complicando a España en el juego diplomático de zonas muy lejanas, como el centro de Europa. Jordana, al parecer sin intervención de Franco, pero evidentemente con su anuencia, respondió negativamente a este intento de precisión de las obligaciones mutuas. Lo hizo sin enfrentarse de forma directa con el embajador alemán sino señalándole que era mejor aplazar cualquier tipo de decisión hasta más adelante porque la firma de un tratado como el indicado en un momento «inoportuno» provocaría suspicacias en los italianos. Además indicó que tenía esperanzas de que se produjera un acercamiento con la Gran Bretaña lo que mejoraría de manera significativa la situación internacional de los sublevados. De cualquier modo el tratado debía permanecer secreto⁶⁹.

⁶⁸ DGFP, D, III, 595; Magaz, 2-II-1938, AMAE leg. 833/4.

⁶⁹ Ribbentrop, 6-IV-1938, DGFP, D, III, 635-636; el proyecto alemán en AMAE leg. 833/3

Con ello el centro de gravedad de las relaciones hispano-alemanas volvió a situarse en la cuestión minera. En relación con ella volvió a producirse una indudable tensión entre las dos partes con una intervención del embajador alemán que constituye una prueba más de que tenía una clara tendencia a tratar a los dirigentes españoles como si se tratara de subordinados en un país colonizado con auténtica impertinencia y extralimitación de sus funciones. A mediados de mayo el embajador alemán, Stohrer, supo que estaba preparada una nueva redacción de la ley minera y se dirigió al ayudante militar de Franco para que se la dejara ver, pero éste le respondió que que no podía «hacer objeto de conversación, por ahora, de asuntos que se relacionan con la organización y disposiciones ministeriales». Jordana respondió en parecido sentido y con mayor dureza: «No está en nuestras costumbres comunicar el tenor de un proyecto de ley susceptible de modificación mientras no ha sido redactado definitivamente y firmado por el Jefe del Estado». A pesar de ello le aseguraba su «vivo deseo de complacerle». Pero la realidad era bastante distinta a esta afirmación como no se le pudo ocultar al embajador alemán. Él había pedido ver la disposición antes de que fuera publicada y entrevistarse con Franco para expresarle la opinión de su Gobierno antes también de ello pero solo había logrado que se le comunicara el contenido de la ley una vez decidida por el Jefe del Estado pero antes de su publicación y solo pudo entrevistarse con él cuando ya estuvo publicada. La verdad es que la disposición legal era mejor para los intereses alemanes que la anterior al permitir elevar el porcentaje de participación en las minas del capital extranjero hasta el 40 por 100, en vez del 25 por 100, y prever también la existencia de excepciones a la regla, pero el conjunto de la misma estaba lejos de lo que les habría gustado conseguir a los alemanes⁷⁰. La explicación veraz de lo sucedido fue dada a Magaz, el embajador de Franco en Berlín, mediante una carta de Jordana, firmada el mismo 6 de junio en que apareció publicada la citada disposición y llevada a aquella ciudad por el general Orgaz. En realidad, la medida había sido provocada para frenar a los alemanes y «ni desde el punto de vista internacional ni desde el de nuestra política interior nos es posible llegar a mayores concesiones porque eso es tanto como hipotecar una de nuestras principales riquezas». Además, tal cesión hubiera sido una amputación de la propia soberanía y fomentaría, «con razón», la visión ofrecida por los adversarios de la España nacional de que esta era una «colonia alemana». Jor-

con informes contrarios. La posición de Jordana en nota autógrafa en AMAE, leg. 834/28, ver también Stohrer, 19-1938, DGFP, D, III, 664-666.

⁷⁰ Todo el incidente sobre el conocimiento de la ley minera en AMAE leg. 833/2; la reacción de Stohrer en DGFP, D, III, 674-681, 687-689, 716-717.

dana decía que el embajador alemán había mantenido en el transcurso de la negociación «actitudes no muy correctas» e incluso proferido amenazas; por ello había visto «quebrantado» su prestigio ante el Generalísimo. Al resto de los ministros Jordana les informó de que el embajador alemán había actuado con «violencia e impertinencia». Magaz visitó al subsecretario alemán de Exteriores y confirmó el malestar existente por parte de los alemanes. Se le recordó de «inmensa deuda» contraída con este país y que la España nacionalista había pagado tan solo una décima parte del material entregado ⁷¹. Debieron ser momentos de tensión los experimentados en Salamanca por parte de Jordana. Sin duda la decisión de resistir a la penetración del capital alemán en la minería española fue colectiva de todos los ministros españoles de entonces, en especial de los más interesados en la cuestión, Suances y Jordana, con el apoyo decidido y el superior patrocinio de Franco; en esto no hubo diferencias en el seno de los dirigentes de la sublevación que, sin embargo, las mostraban al tratar de muchas otras cuestiones. Como es lógico los militares españoles tenían una postura de caracterizado nacionalismo y ello les hacía tener una posición muy diferente respecto de Italia y Alemania. El material entregado por la primera era indispensable, aunque sobre la calidad de sus tropas el propio Franco tuviera serias dudas que no empañaban la cordialidad. En los grados había, sin embargo, diferencias entre los ministros, pues si para algunos Mussolini ofrecía un ejemplo político ese no era el caso para otros. Pero esta cordialidad no existió, en cambio, en el caso de Alemania aunque la ayuda se considerara también imprescindible. Resulta, por tanto, un tanto sorprendente que el diario de Jordana, que recoge lo «laborioso» de la gestación de acuerdos de aprovisionamiento con Italia, no haga alusión alguna a las diferencias surgidas con Alemania.

Este diario, por otro lado, prueba que el principal esfuerzo de su autor estuvo dirigido a lograr la aceptación de la España de Franco en los medios diplomáticos francobritánicos al mismo tiempo que procuraba obtener el máximo de ayuda de las potencias fascistas con el mínimo de compromiso. En donde podían obtenerse mayores ventajas era con Gran Bretaña y Francia y hacia ellas se dirigió Jordana, por tendencia natural y espontánea en él más que por sugerencia de Franco, que se aprovechaba de esta manera de una posición no exactamente enunciada ni propositada por él.

Con Gran Bretaña ya existía una relación estable, aunque fuera oficiosa; la realidad es que en la práctica no había verdadera diferencia entre

⁷¹ Jordana, 6-VI y Magaz 12-VI-1938, AMAE leg. 833/1.

una y otra hasta el punto de que el diario de Jordana menciona a un «embajador» británico cuando se trataba tan sólo de un agente comercial que tuvo su primera entrevista con Franco a comienzos de febrero de 1938. Tal conversación no pasó de algún gesto de cortesía por parte de Franco (como decir que estaba estudiando las campañas de Wellington en la Península) y una apelación genérica al entendimiento del que serían beneficiarios también los británicos⁷². La estrategia seguida, en adelante, por el Gobierno de Franco consistió en procurar ir conquistando terreno a base de promesas de neutralidad futura y de normalidad económica presente mientras que el propio curso desde la política británica, ahora interesada en el «apaciguamiento», iba abriendo posibilidades de mayor proximidad. En este sentido el definitivo enfrentamiento entre Chamberlain y Eden y la salida de este último del Foreign Office fueron considerados como muy positivos por los dirigentes del franquismo. El hecho fue interpretado por Alba, habitualmente ponderado y el diplomático de Franco mas cercano a la Gran Bretaña, como una derrota de «los elementos judaico-masónicos continentales» y recogido en el diario de Jordana como un factor «que mejora y despeja bastante la situación internacional». De hecho, como sabemos, en alguna de sus cartas se encuentra la afirmación de que Chamberlain se estaba comportando «tan correctamente con nosotros», al mismo tiempo que en otras no dejaba de haber una condena muy explícita del «imperialismo nazista»⁷³. Quizá la intervención mas importante de la diplomacia de Franco en Gran Bretaña durante estos meses consistió en la publicación de una nota en la que se aseguraba que el Gobierno nacionalista en ningún momento había pensado enajenar territorio español ni la menor disminución de su soberanía. Por supuesto estas declaraciones encontraban apoyo y confirmación en buena parte de los ministros británicos mas distinguidos por su posición pacifista a ultranza como, por ejemplo, Sir Samuel Hoare, futuro embajador en España⁷⁴.

Una novedad con respecto a la etapa de Sangróniz consistió en la apertura de mejores relaciones con Francia pues hasta entonces propiamente lo único que había existido era un trato personal entre él y el embajador Herbette. Jordana logró mas: estableció una vía de comunicación permanente con Lesmartres, el cónsul francés en San Sebastián con el que se entrevistó muy poco después de llegar al Ministerio. El hecho tenía una particular significación porque, a diferencia de Sangróniz,

⁷² Hodgson, 1-II-1038, PRO, FO, 371/22621.

⁷³ Alba, 25-II-1938, AMAE leg. 1057/1; Jordana *Diario*, 15 a 20-II-1938; Jordana, 11-VII-1938, AMAE leg. 833/5.

⁷⁴ Jordana, 27-III-1938, AMAE leg. 1057/1.

él tenía la condición de ministro; además en la práctica le utilizó como medio para informar de la posición propia al gobierno francés. Cuando se produjo el avance arrollador hacia el Mediterráneo que motivó una fuerte impresión en la prensa francesa trató de informar por este medio de que no era la ayuda extranjera el factor que explicaba lo positivo del desarrollo de las operaciones en favor de las armas franquistas. Por otro lado a partir de los primeros meses de 1938 la diplomacia de Franco contó en Francia con algún otro enviado para ponerse en contacto con los círculos gubernamentales, al margen de Quiñones de León que parece haber tenido dificultades temporales para acceder a todos los medios gubernamentales. En algunos de estos medios ya se decía que sería bueno que Francia fuera presionada por los británicos para adoptar una postura semejante a ellos ⁷⁵.

En el mes de abril el cambio del gobierno francés tuvo una fuerte repercusión en las relaciones con la España de Franco aunque no fue tan grande como la caída de Eden en Gran Bretaña. El nuevo ministro de Asuntos Exteriores, Bonnet, representaba un deseo de «apaciguamiento» muy semejante al de Chamberlain y por ello quería llegar a un acuerdo con los sublevados. Desde este mes empezaron a visitar la España de Franco personalidades políticas que no llevaban otra representación que la propia, como el alcalde de Dax, el senador Lémery o personas con intereses económicos en España, como el antiguo embajador Peretti. El desarrollo de las operaciones militares permitía ya a los dirigentes de la España de Franco actuar desde una posición de fuerza y por ello exigir como condición para poder llegar al establecimiento de unas relaciones semejantes a las que existían con Gran Bretaña el cierre de la frontera francesa en Cataluña, la vía por la que llegaban a los republicanos sus aprovisionamientos ⁷⁶. Los contactos oficiales llegaron más tarde, en el mes de mayo y consistieron por la parte española en la expresión de idéntica postura; en estas condiciones los franceses no estuvieron dispuestos a la reanudación de las relaciones entre ambas partes. En realidad, sin embargo, la situación permitía el mantenimiento de una relación diplomática indirecta, por un lado a través del consul francés en San Sebastián y, por otro, directamente a través del Ministro francés Bonnet con quien el representante de Franco, Quiñones, tenía periódicas conversaciones que se repetían con otros emisarios también remitidos por Franco, como el ex-ministro Eduardo Aunós. Esta duplicidad entre enviados oficiales y oficiales se repitió con cierta frecuencia en la diplomacia de

⁷⁵ DDF, VIII, 553-554 y 912-913; informe del 13-III-1939, AMAE leg. 833/12.

⁷⁶ Para estos primeros contactos véase AMAE 1050/21.

Franco; había otro enlace particular con Laval llamado Suelves. Lo que nos interesa es que, ya en junio, parecían ser los franceses los más interesados en el establecimiento de relaciones de modo que la diplomacia de Franco incluso llegó a hacerlo depender de otro factor nuevo, el juicio en Francia acerca de la posesión del oro procedente del Banco de España y depositado en Mont de Marsan. Bonnet utilizó repetidamente como recurso para explicar las dificultades que tenía para llegar al establecimiento de relaciones entre los dos países la división del propio Gobierno francés, en donde el Presidente Daladier debía tener muy en cuenta la actitud de los socialistas⁷⁷. Aun así, sin embargo, en el momento en que estalló la crisis de Checoslovaquia existía ya el propósito de enviar por parte de los franceses a un personaje político de importancia, Malvy, para entrevistarse con Jordana y anudar las bases para un posterior reconocimiento diplomático como fórmula transitoria. La desconfianza persistía, pero una victoria de Franco parecía ya inevitable y ello condenaba a los franceses a llegar a un acuerdo. La crisis de los sudetes, que estuvo a punto de precipitar a las dos Españas en una guerra centroeuropea, contribuyó de manera poderosa a despejar las prevenciones del vecino país respecto de la dependencia de Franco de sus aliados italianos y alemanes.

MOMENTOS DRAMÁTICOS

De la panorámica de las relaciones de la España de Franco con cada una de las potencias europeas debemos pasar de nuevo al planteamiento global. La gran cuestión en este terreno seguía siendo, sin duda, la guerra española y, mas en concreto, la retirada de los voluntarios extranjeros que combatían en la península. Pero pronto apareció otro problema que, en un plazo corto de tiempo, primó sobre cualquier otro. Como escribió el embajador de Franco en Berlín había otro tema que, a los alemanes, «les preocupa mucho mas y acabará por preocuparnos a todos»; se trataba de Checoslovaquia que haría caminar durante unos días al Viejo Continente por la senda de la guerra y que estuvo a punto de arruinar la política exterior de Franco, Sangróniz y Jordana. Fue el momento decisivo para ellos y aquel que absorbió por completo el tiempo del tercero, quien, en su diario, anotó, pasado ya lo peor, que no había tenido tiempo de

⁷⁷ Ver, principalmente, entrevista de Álvarez Estrada con Lesmartres, 30-V-1938, AMAE leg. 833/12; Quiñones, 21-VI-1938, AMAE 833/11 y Jordana 24-VI-1938, AMAE leg. 833/13.

escribir nada por haberse pasado por una crisis internacional a la que calificó de «gravísima»⁷⁸.

En efecto, lo fue. Ya en los primeros días de septiembre, ante las crecientes tensiones entre la minoría alemana en el país centroeuropeo y el gobierno central las autoridades franquistas empezaron a ser conscientes de los peligros que corrían. En Marruecos se percibieron movimientos de tropas en el protectorado francés y de París llegaron noticias del propio Ministro de Asuntos exteriores de que, en caso de guerra con Alemania, las tropas francesas entrarían en Cataluña para tener controlado todo el litoral levantino. Las noticias procedentes del centro de Europa llegaron, además en el peor momento posible para los dirigentes de la España sublevada. Como sabemos el nacionalismo de Franco no era incompatible con una resistencia marcadísima a dejar que los italianos abandonaran su territorio. Mussolini, sin embargo, había decidido que lo hiciera la infantería y eso le causó «gran impresión» al primero y le hizo pedir una reconsideración; cuando ésta no fue aceptada pidió que, al menos, la decisión se mantuviera en secreto. En realidad la posición del Duce fue, como en tantas otras ocasiones, inconsistente y poco duradera pero esta vez fue expresada en el preciso instante en que más apoyos exteriores necesitaba Franco⁷⁹.

La situación internacional produjo una inmediata conmoción en los medios gubernamentales de la España franquista. La victoria frente al adversario interior quedaba puesta en peligro mientras que se convertía en posible que España se viera involucrada en una guerra mundial de resultados imprevisibles. La impresión general recogida en esos medios gubernamentales bien puede haber sido la que oyó el cónsul francés en San Sebastián: «Aún si no lo quisiera no hay mas remedio, (España) tiene que quedarse neutral». Pero el problema real no era querer sino poder hacerlo. Eso es lo que explica que, de forma frenética, Jordana tratara de conseguir por lo menos información respecto de la posición de sus aliados. Pero en los días centrales del mes de septiembre la perplejidad era absoluta y no fue despejada ni tan siquiera por el viaje de Chamberlain a entrevistarse con Hitler. El ministro español se entrevistó el día 16 con los embajadores italiano y alemán y encontró al primero muy poco comprometido y al segundo convencido de que Gran Bretaña no quería la guerra; por ello el premier británico se había desplazado a Alemania. Existía el doble peligro para la España de Franco de que, si había guerra, no fuera auxiliada por sus aliados y, si no era así, se llegara a un acuerdo

⁷⁸ Magaz, 20-VIII-1938, AMAE leg. 833/4; Jordana, *Diario*, 5 a 25-IX-1938.

⁷⁹ Jordana, 9-IX-1938, AMAE leg. 833/3; Berti, 6-IX y Mussolini, 7-IX-1938, COO, busta 46.

generalizado que tendría como consecuencia que sus intereses quedaran sometidos a los de las grandes potencias. Hay que tener en cuenta, a este respecto, que el gobierno republicano hizo en estos momentos una propuesta para concluir la guerra en España a través de una mediación de la Sociedad de Naciones.

Sin embargo a las peticiones apremiantes de toma de posición se respondió de una forma que debía resultar irritante. En Berlín Magaz constató que se le trataba con «un poquito de sorna», pero fue peor el caso de los italianos que sólo dieron una respuesta en un momento en que pareció alejarse cualquier posibilidad de guerra y, además, insistieron en la necesidad de retirada de parte de las tropas italianas en la España nacionalista con la particularidad de ser ellos quienes anunciaran la decisión. La interpretación que, de modo inmediato, hizo Jordana fue que «sin duda» esa insistencia italiana no tenía otro motivo que poder «tener una prenda que ofrecer a Inglaterra». Por eso insistió al embajador ante Italia en que era necesario que la decisión apareciera como tomada por el propio Franco. Éste, que participaba de las mismas preocupaciones de Jordana, mostró su profunda preocupación por el hecho de que Alemania no mantuviera ningún tipo de contacto con él ⁸⁰.

Todos estos antecedentes explican la definitiva posición que adoptó la España de Franco. Según una nota manuscrita de Jordana parece que puede haber recibido el 17 de septiembre alguna indicación por parte del cónsul francés en San Sebastián de que la postura de este país sería idéntica a la de Franco, de modo que si éste adoptaba una posición de neutralidad también recibiría idéntico trato; debió ser una indicación de carácter verbal porque no ha quedado rastro alguno en ningún archivo. Sin embargo en los días siguientes pudo dar la sensación de que el conflicto se solucionaría por sí mismo y ello contribuye a explicar que no se tomara decisión alguna; el sentido de la que iba a adoptarse, caso de ser necesario, estaba, sin embargo muy claro. El 21 de septiembre se dictaron instrucciones a los medios de comunicación acerca de cuál debía ser el tratamiento a dar a los diversos países que no pueden resultar mas significativas: era preciso «exaltar la personalidad de Chamberlain» por sus esfuerzos por la paz y había que distinguir entre Francia y el gobierno del Frente Popular que en ella gobernaba. Todavía el 26 no se había tomado decisión alguna. Jordana escribió a Quiñones una carta llevada por el Conde de los Andes en avión para indicarle que «hemos dado órdenes

⁸⁰ Lasmastres, 12-IX-1938, DDF, XI, 163; Magaz, 16 y 20-IX-1938, MAE leg. 833/4; entrevistas de Jordana el 16-IX-1938, AMAE leg 833/30; Jordana, 24-IX-1938, AMAE 834/17; DGFP, D, III, 747.

terminantes para que no se moleste a Francia y para que aparezcamos ante el conflicto con la mayor serenidad y como ajenos a él». Pero el verdadero patetismo en que se encontraban los dirigentes de la España de Franco se aprecia en otra frase de la carta: «No es posible que estemos tan a ciegas»⁸¹. La presión de estos días sobre Franco y los suyos debió ser enorme: la situación militar, en plena batalla del Ebro, no movía al optimismo inmediato y los Consejos de Ministros, según el diario de Jordana, llegaban a durar diez horas.

Finalmente la decisión se tomó el 26 de septiembre. Ese día Hitler pronunció un discurso de extraordinaria violencia y el 27 anunció que movilizaría a sus fuerzas el siguiente. A última hora del 26, Jordana remitió un telegrama a la embajada de Franco en Roma para comunicar «un posible ofrecimiento (a Francia) de neutralidad condicionada a la supresión de ayuda a los rojos. . . dada nuestra especialísima situación», pero siempre partiendo de la voluntad de colaboración con los países aliados y, en especial, Italia. De la comunicación debía darse cuenta a Ciano de forma inmediata, pero es más que dudoso que así se hiciera. El 27, ya por la noche, Jordana envió un nuevo telegrama afirmando que se había producido un requerimiento francés y que, como consecuencia de él, el Gobierno había decidido dar seguridades de «neutralidad absoluta» tanto a Francia como a Inglaterra. En realidad no se había producido ninguna indicación de ese tipo sino que fue inventada para poder justificar la toma de postura propia; incluso quien la conoció primero, el consul francés en San Sebastián, se hizo eco de rumores de desembarco de tropas italianas en el Marruecos español. La noticia de esta posición de Franco fue bien acogida en París, tanto en los círculos políticos como en los militares; Quiñones recomendó que las seguridades por parte de Franco se extendieran también a que no habría ataque desde la parte de España por él controlada en contra de franceses e ingleses. Idéntica gestión se hizo ante Gran Bretaña por el Duque de Alba; en este caso como en el anterior la oferta de neutralidad fue incondicionada sin esa exigencia de suspensión de ayuda a los republicanos que había sido mencionada en el primer telegrama a Roma. Además ahora se añadió lo sugerido por Quiñones: Franco se comprometía a que no habría un ataque desde sus propias posiciones contra franceses o ingleses⁸².

Por supuesto todo lo que había sido buena recepción a esta actitud en las capitales de los países democráticos se convirtió en todo lo contrario

⁸¹ Nota a los medios de comunicación, 21-IX-1938, AMAE leg. 1066; Jordana, 26-IX-1938, AMAE leg. 833/13.

⁸² Jordana T, 26 y 27-IX-1938; Lasmartres, 27-IX-1938, DDF, XI, 594; Quiñones, 27 y 28-IX-1938, AMAE leg. 833/13.

en las de los aliados de la España de Franco. En Roma el embajador español no sólo no parece haber explicado la posición de su Gobierno sino que además recomendó suspender la declaración de neutralidad aduciendo la «gran decepción» que causaría. Como es lógico con esta actitud logró indisponerse a la vez con su propio Ministerio y con el italiano. Del primero recibió una bronca telegráfica acusándole de haber cometido un desacierto y de actuar sin diligencia; en el diario de Jordana se añade que en esta ocasión no se comportó «con la debida eficacia ni desenvoltura», como parece cierto. Pero mucho peor le trata Ciano en su diario calificándole de «asqueroso» e indicando que los muertos italianos debieron removerse en sus tumbas ante una posición tan poco gallarda como la suya. Todavía emperoró las cosas reconociendo después ante Ciano que no se había atrevido a acercarse al Ministerio durante estos días y contándole sus discrepancias con Jordana ⁸³.

La posición alemana fue algo distinta. El embajador de Franco expuso en Berlín el 26 de septiembre los motivos de la declaración de neutralidad española; la noticia no fue recibida «con extrañeza ni con molestia» aunque se le indicó que la neutralidad debería ser benévola para Italia y Alemania. El embajador alemán ante Franco parece haber sentido en Jordana una cierta sensación de preocupación por la reacción que pudiera despertar la posición española en su interlocutor y, además, haber sospechado que los españoles ya se habrían comprometido por completo en la neutralidad ⁸⁴.

Nos queda, en fin, por preguntarnos por la propia posición de los dirigentes de la España de Franco. Jordana consideró, en su diario, que lo sucedido fue «un verdadero triunfo diplomático»; lo mismo parece haber pensado Franco pues, a partir de este momento, le permitió que presidiera, en su condición de Vicepresidente, los Consejos, honor que no tuvo mas que Carrero, cuando ya estaba al final de su vida. Otra cosa es que a partir de este momento también comenzara el declinar de Jordana ante la influencia ascendiente de Serrano Súñer en política interior. Pero la totalidad de los dirigentes franquistas debieron sentir una gran sensación de alivio con la evolución de los acontecimientos. Con la Conferencia de Munich —escribió Magaz— «parece haber terminado la horrible pesadilla de una guerra europea en la que, a pesar de nuestros buenos propósitos, hubiera sido muy difícil conservar nuestra actitud neutral». Ningún ministro expresó una posición contraria a la declaración de neutralidad y la prensa nacionalista, rígidamente controlada, no tuvo inconveniente en

⁸³ Telegramas Roma-Madrid; CIANO, *Diario*, 184; Appunto, 1-X-1938, US busta 10.

⁸⁴ DGFP, D, III, 749-750, 752; Magaz, 30-IX-1938, AMAE leg. 833/4.

presentar como «hombre de buena voluntad», que había hecho posible la paz, no solo a Hitler y Mussolini o Chamberlain sino también al propio Daladier, el primer ministro francés ⁸⁵.

Pero si los momentos pasados en el instante álgido de la crisis de Munich fueron malos, hubo una resaca posterior al alivio descrito que resultó todavía peor. Era el producto de la posición tomada por las autoridades de la España de Franco y de circunstancias que derivaban del nuevo clima de las relaciones internacionales en Europa o puramente fortuitas, como por ejemplo unas declaraciones de Jordana que, al manifestar su «viejo afecto» por Francia, daba la sensación de haber modificado de manera sustancial la política exterior del régimen. En cualquier caso esa constelación de circunstancias explica el «tremendo trabajo» en los primeros días de octubre al que hace alusión Jordana en su diario ⁸⁶.

Hubo como problema, en primer lugar, el carácter «esquivo» que adoptaron en los días siguientes Italia y Alemania, la primera de forma mucho más manifiesta y evidente. El embajador de Franco encontró inmediata «reserva y frialdad» en los italianos, lo que no es de extrañar dada su propia actuación. Al principio no era recibido por Ciano y, como consecuencia, no podía presentar las demandas de aprovisionamientos militares de Franco, tan cuantiosas como siempre. Cuando, por fin, logró ser recibido encontró una actitud muy fría. Ciano le comunicó el 5 de octubre que se iba a producir la retirada de 10.000 voluntarios italianos y desechó, sin más, las demandas planteadas. Esta actitud preocupó profundamente a Jordana que, de modo inmediato, instruyó al embajador para que hiciera todo lo posible para enterarse si existían conversaciones tendentes a algún tipo de liquidación de la guerra española a través de algún género de mediación de las potencias más importantes. La España de Franco sentía una «justificada inquietud» ante la posibilidad de ser una pieza de intercambio sin que ni tan siquiera quien había estado más cerca de ella a lo largo de la guerra hiciera otra cosa que dar la sensación de querer librarse del conflicto mediante la salida de sus voluntarios. El mismo día en que dio esas instrucciones encontró que los italianos parecían volcados a una actuación expeditiva y contraria a los intereses del régimen español. Franco, en efecto, recibió el 6 de octubre una notificación del abandono de España por parte de los 10.000 legionarios italianos acompañada de una posible nota explicativa en la que se decía que él «había autorizado» el reembarco de manera que la iniciativa parecía haber procedido de Italia. La España nacionalista planteó otra redacción de

⁸⁵ DDF, XI, 730-731; ABC (Sevilla), 30-IX-1938.

⁸⁶ L'Epoque, 1-X-1938; Jordana, Diario, 3 a 16-X-1938.

forma inmediata atribuyéndose la iniciativa a ella misma, dándole el carácter de contribución a la mejora de las relaciones internacionales e indicando que la contrapartida de esa medida tenía que ser el reconocimiento de la beligerancia. Franco se expresó con emoción, fingida o real, respecto de los legionarios y su prensa cuando los despidió lo hizo indicando que eran repatriados «por su designio», lo que era una falsedad absoluta.

Sin embargo, con tan sólo el transcurso de unos días la posición italiana empezó a cambiar porque la indignación de Mussolini con Franco era a veces épica pero esos raptos no pasaban de poco duraderos; entre ellos había algo que quizá pudiera describirse como un noviazgo tormentoso. De San Sebastián se recibió un informe del embajador italiano en el que explicaba la posición de la España franquista en la crisis checa de un modo sustancialmente correcto: había pasado por la incomprensión inicial al nerviosismo e incluso el pánico para experimentar un alivio final con el desenlace negociado del conflicto. Era realista juzgar que nada habría podido hacer el Ejército de Franco contra franceses y británicos y, además, se había considerado al Duce como el salvador de la paz europea, interpretación que era defendible y que además proporcionaba Mussolini la situación de ánimo propicia para el ejercicio de la generosidad.

Sin embargo es posible también que pensara en la posibilidad de exigir mucho más a su aliado. Hay un enigmático documento en el archivo del Ministerio de Asuntos Exteriores español que puede inducir a pensarlo. Lo es no sólo por su contenido sino porque no se encuentra ninguna otra referencia documental a él en ninguna otra fuente española o italiana. Se trata de un acuerdo, que lleva como fecha el 8 de octubre de 1938, por el cual se establece una completa dependencia española con respecto a Italia tanto en lo que respecta a la política interior como a la exterior. España, a cambio de un completo apoyo militar italiano, cedería a este país bases y estaría dispuesta a declarar la guerra a cualquier adversario del fascismo, pero, además, se comprometería a «establecer el Estado Nacional-sindicalista, el cual orientará sus directivas de acuerdo con la ideología política, económica, cultural y racial del Estado Fascista». El nacionalismo de Franco y sus colaboradores hubiera hecho inimaginable que aceptaran un tratado como este, pero no cabe la menor duda de que si hubo una coyuntura en la guerra civil en que fue posible su presentación de tal proyecto de tratado fue precisamente esta y que el documento no puede ser desdeñado, sin más, como algo por completo falso y carente de sentido. Por otro lado, además, algunos de los aspectos de relevancia menos decisiva incluidos en el texto se convertirían en realidad durante los primeros meses de 1939: este fue el caso, por ejemplo, del ingreso en el Pacto Antikomintern o el abandono de la Sociedad de

Naciones. Incluso hubo en esos venideros una utilización abrumadora del lenguaje nacional-sindicalista.

Pero dejémos a un lado este curioso documento que solo plantea interrogantes y volvamos a cuanto de menos hipotético hubo en la relación hispanoitaliana durante estos días. Los temores de los dirigentes españoles se disiparon cuando Ciano, que seguía maltratando al embajador de Franco al no recibirle, dejó para él el 9 de octubre una nota con seis palabras decisivas: «Nada de mediación, nada de armisticio». Al día siguiente el Ministerio de Asuntos Exteriores italianos publicó una nota afirmando que eran tendenciosos y prematuros los anuncios de eventuales acuerdos italoibritánicos sobre el Mediterráneo. Jordana y Franco debieron respirar aliviados por segunda vez en muy pocos días: si no se pactaba a sus espaldas había que esperar el mantenimiento de la ayuda italiana ⁸⁷.

Como casi siempre hubo importantes diferencias de posición entre los italianos y alemanes. Los segundos no testimoniaron irritación por la postura española ni tampoco dieron la sensación, mediante gestos, de tomar la iniciativa para una intervención pacificadora en la cuestión española; un protagonismo de este tipo lógicamente le habría debido corresponder a un Mussolini que se atribuía el haber evitado la conflagración europea. La posición alemana (o, mejor dicho, de algunos de los dirigentes de este país) consistió en interrogarse de nuevo acerca de las posibilidades de una victoria de Franco. El embajador Stohrer pensaba, por ejemplo, que en España la guerra no podía ganarse por medios militares y que lo mejor era llegar a la paz mediante un compromiso lo mas favorable a Franco posible, pero esa opinión suya no era cerrada sino que dependía del curso de las operaciones militares inmediatas. Por eso recomendó a los españoles apresurar todo lo posible éstas con la esperanza de que ahora resultaran mas decisorias. Sin ser tan preciso en sus perfiles, el ambiente que encontraba el embajador de Franco en Berlín resultaba muy semejante. «No debo ocultarle —escribió Magaz a Jordana— que es aquí muy general la idea de que la guerra está parada por haberse llegado a un equilibrio de fuerzas que hacen muy difícil nuestra victoria; de eso a la idea de mediación no hay gran diferencia». Otro aspecto importante de la posición alemana fue el cálculo: la difícil situación en que parecía encontrarse Franco favorecía que se pudiera jugar con los aprovisionamiento militares para lograr de él de una vez, las concesiones mineras, preo-

⁸⁷ Telegramas Jordana-Conde, 1 a 10-X-1938; AMAE leg. 833/25 para la retirada de voluntarios; Viola 7-X-1938, AP busta 33; AMAE leg. 5163/1 para el proyecto de tratado del 8 de octubre; ABC (Sevilla), 16-X-1938.

cupación fundamental de la diplomacia alemana respecto de España. Este último factor resulta el decisivo para comprender la posterior evolución de las relaciones entre los dos países ⁸⁸.

Además de tener que contentar de nuevo a los países aliados, Franco se encontraba con que el problema español volvía a recuperar el protagonismo en un momento en que las condiciones de la política europea parecían mucho más propicias para el acuerdo en vez del enfrentamiento. De esta manera podía suceder que se quisiera extender el deseo de concordia a la guerra civil española cuando Franco parecía tocar ya la victoria con la yema de sus dedos. Ya hemos visto que incluso los aliados tradicionales de Franco, Alemania e Italia, participaron tímidamente de esta actitud. La verdad es que no pasaron de ello y que en gran medida esa posición dependía de la evolución militar del conflicto, por el momento estancado en una especie de situación de tablas durante la última etapa de la batalla del Ebro. Los franceses sacaron la impresión de que «Hitler y Mussolini se mostraban de acuerdo en aceptar cualquier arreglo pacífico del conflicto español siempre que quedasen a salvo sus intereses en el sentido de no permitir el bolchevismo en España». Pero, en realidad, quien habló en Munich de la posibilidad de una conferencia que solucionara el problema español fue exclusivamente Chamberlain y sus propósitos no se demostraron muy duraderos ni, sobre todo, parecieron resultar viables ⁸⁹.

Fue así no porque a él le faltara buena voluntad sino porque los países fascistas, aunque testimoniaran alguna ocasional voluntad de solucionar los conflictos por procedimientos pacíficos, de modo inmediato se veían atraídos por una estrategia aventurera insaciable. Pero, además y sobre todo, la España de Franco ni por un momento dio la sensación de la más mínima receptividad ante la idea de llegar a la paz a través de la mediación sino que, por el contrario, hizo los mayores esfuerzos, a lo largo de los meses de octubre y noviembre de 1938, para testimoniar su radical repudio de esa eventualidad. En la segunda semana de octubre fue realizada una especie de encuesta política a militares, ministros y grandes jerarcas del régimen dirigida a descalificar la mediación. La verdad es que esa iniciativa resultaba, por lo menos, discutible en cuanto que podía dar la impresión exactamente contraria a la que se quería. Fue obra de Serrano Súñer y, como él era destinatario de la irritación por parte de la mayoría de los ministros se explica que alguno, como Suances, incluso

⁸⁸ Stohrer, 2, 6 y 14-X-1938, DGFP, D, III, 753-757, 760-761, 767-768; Magaz, 4 y 11-X-1938, AMAE leg. 833/4.

⁸⁹ Conferencia Jordana-Quiñones, 2-X-1938, AMAE leg. 833/17; CIANO, *Diario*, 189-190.

se negara a responder. De todos los modos el resultado de esta peculiar encuesta fue transmitido a la totalidad de las embajadas en el extranjero. Las respuestas eran, por supuesto, enormemente duras en contra de esa eventualidad: Jordana aseguró que la mediación «nos repugna e indigna» y Kindelán la equiparó a la traición. El propio Franco hizo unas declaraciones al respecto diciendo que «la victoria rotunda y definitiva de nuestro Ejército es la única solución para que subsista España» y aseguró que ésta tenía «derecho a su unidad, a su grandeza y a hacer efectiva su revolución nacional». Todo esto lo habían realizado Italia y Alemania como España también lo haría en el futuro. El lenguaje del Caudillo, en parte contradictorio con el de Jordana, revelaba ya la creciente influencia que sobre él iba adquiriendo Serrano Súñer ⁹⁰.

Esas declaraciones vieron multiplicado su efecto mediante instrucciones a todos los embajadores. «Hay que convencer a estos señores que aquí no se puede hablar de mediación», escribió Jordana a Quiñones. Lo cierto es que tampoco los franceses dieron ninguna facilidad para que el propósito pudiera fructificar pues, por estas fechas, nombraron un nuevo embajador ante el gobierno republicano ratificando, de esta manera, sus buenas relaciones con él. El rechazo por parte principalmente de Francia a cualquier tipo de concesión de derechos de beligerancia a Franco le privó de cualquier capacidad de desempeñar un papel en una eventual mediación ⁹¹. Gran Bretaña era la única potencia verdaderamente interesada en ella: Alba escribió que «esta idea de las tablas la tienen metida en la cabeza» y muchos diplomáticos querían llevarla a cabo. Sin embargo el Foreign Office hubiera necesitado el apoyo de otro país, como Francia, que, por el momento, se negaba incluso a tener un agente oficioso en España. Además la propaganda del bando franquista en contra de la idea de mediación convertía, al decir de Hodgson, el agente británico, en «ridículo» cualquier esfuerzo mediador: si Franco acababa de rechazar la mediación papal es obvio que no podía existir ninguna buena razón para que aceptara la británica ⁹². Italia podía haber dado buenas palabras a la Gran Bretaña pero muy pronto el Duce se manifestó en posición de intransigente apoyo a Franco y contrario a cualquier posibilidad, por remota que fuera, de mediación. Lo hizo en parte por querer sacar rendimiento de sus inversiones en hombres y material y en parte también por su propio estado de ánimo nacido del papel que se atribuía en la política mun-

⁹⁰ Suances, 9-X-1938, AMAE leg. 834/22; Appunto, 9-XI-1938, US busta 10, ABC (Sevilla) 18-X-1938.

⁹¹ Jordana, 13-X-1938, AMAE leg. 833/13; Quiñones, 22-X-1938, AMAE 832/11; DDF, XII, 823-824.

⁹² Alba, 24-X-1938, AMAE 1057/2; DGFP, D, III, 773; DDF, XII, 488-489.

dial después de Munich. El embajador de Franco salió de la entrevista «más que complacido, verdaderamente encantado». El Duce estaba dispuesto a mantener todo tipo de ayuda con la excepción del envío de soldados pues ello provocaría un «escándalo perjudicial». Franco, en fin podría contar con Mussolini para obtener la victoria militar. Y este último no dejó de señalar, además, que ello tendría también consecuencias en lo que respecta a la política interna española. Da, en efecto, la sensación de haber pensado ya en esa «revolución nacional» a la española y en el papel que en ella le correspondía a Italia (recuérdese el proyecto de tratado que acaba de citarse). En muy poco tiempo había, pues, pasado de un extremo al otro, de la indignación contra Franco a la generosidad exaltada respecto de la España nacionalista ⁹³.

Con los alemanes las cosas eran distintas porque actuaban siempre con perseverancia, sin bruscos cambios de ánimo, y solo eran convencidos al final mediante concesiones concretas. Jordana trató de explicar que las operaciones militares iban mas lentamente de lo previsto pero que la razón era precisamente que las ayudas de los países amigos tardaban en llegar. A Magaz le escribió que Alemania «hasta tiene su escama de que no van bien», pero que no se daba cuenta de que sin esa ayuda el resultado sería el equilibrio y la posterior mediación. Pero la postura alemana tampoco tomó en cuenta esa posibilidad mediadora. Si las quejas respecto de la posición neutralista de Franco fueron mas tardías fue para obtener compensaciones. Los funcionarios diplomáticos alemanes empezaron a mostrarse «quejosos» porque pensaban que tal toma de posición había sido a la vez «poco grata a Alemania e inútil». Pero todo tenía solución: «Esperamos —dijeron a Magaz— que España nos muestre su agradecimiento otorgándonos alguna compensación de carácter económico que hace tiempo esperamos». «No sé aún qué clase de ventaja económica solicitarán, escribió Magaz a Jordana, pero puede estar usted seguro que no se quedarán cortos». Esta frase indica distancia y temor ante la Alemania nazi, dos términos que pueden atribuirse a la totalidad de la clase dirigente franquista. Sus miembros se daban cuenta de que despertaban reticencias por su afán de estar a bien con Francia e Inglaterra. Muchos de ellos pensaban, por otro lado, como Magaz, que la brutalidad de los nazis con los judíos era «una regresión de un pueblo civilizado a las costumbres y sentimientos de las épocas mas remotas». Pero también se sentían obligados a ceder: Magaz pidió una carta de Franco para Hitler, explicándole su posición durante la crisis checa, e incluso sugirió la posibilidad de aceptar, ahora, ese tratado de amistad pro-

⁹³ Conde T, 25-X-1938; CIANO, *Diario*, 201.

puesto por los alemanes que había sido rechazado meses atrás. La carta tardaría mucho en ser escrita porque, de modo inmediato, el Ministerio de Exteriores pidió la máxima prudencia en su redacción ⁹⁴.

Las cesiones en el terreno económico a Alemania fueron probablemente menores de lo que en un principio debió esperar Magaz. Las peticiones se referían a la aceptación por la parte española de la deuda ya contraída y al incremento de la participación en diversas compañías mineras en las que Alemania tenía una participación minoritaria y quería tenerla mayoritaria. La negociación se llevó a cabo a lo largo de los meses de noviembre y diciembre sin que parezca haber existido problemas especiales en el transcurso de la misma. Pero los alemanes no eran fáciles de satisfacer y en ellos perduraba al final del año un evidente sentimiento de frustración que sólo podría ser superado merced a nuevas concesiones que, como no, habrían de ser otra vez de carácter económico ⁹⁵.

A fines de año, por otro lado, las relaciones entre la España de Franco y Francia seguían siendo malas e incluso se pensaba podían deteriorarse mas todavía. Eso explica que la política exterior de la España de Franco se centrara en las otras dos potencias europeas, Italia y Gran Bretaña, las cuales además iban con toda probabilidad a establecer un acuerdo, a pesar de que tanto las separaba, principalmente respecto de la guerra española. Jordana, siempre anglófilo, le declaró al agente británico Hodgson que deseaba «ardientemente» mantener buenas relaciones con su país y que la prueba de por donde iba la política exterior española era la declaración de neutralidad por la que se había optado en la crisis checa ⁹⁶. De esta manera una posición adoptada porque no quedaba otro remedio se convertía en un argumento para la propia posición.

Pero lógicamente las relaciones mas estrechas debían ser con una Italia que, si practicaba muy a menudo ese género de irritadas reacciones de las que hemos visto ya algunos ejemplos, al mismo tiempo había sido a lo largo de toda la guerra civil extraordinariamente generosa; con respecto a ella tanto Franco como quienes, junto a él, regían los destinos de la España sublevada sabían que con tal de que las operaciones militares fueran bien podrían tener la seguridad de una colaboración completa. Ahora se daban esas circunstancias: la batalla del Ebro había concluido en victoria en la tercera semana de noviembre y a la altura de la Navidad se emprendió la ofensiva contra Cataluña que estaba destinada ser la

⁹⁴ Jordana, 31-X-1938; AMAE, 833/5; Magaz, 4, 18, 12-XI y 27-XII-1938, AMAE 833/4.

⁹⁵ DGFP, D, III, 782-789, 794-797 y 808-810; AMAE leg. 833.

⁹⁶ Hodgson, 9-XII-1938, PRO, FO, 371-22658.

postrer derrota de la República. Antes de ella, Mussolini había dicho al embajador italiano, entusiasmado por la definitiva victoria militar del Ebro que «si tuviera aquí a Franco le abrazaría».

El año concluyó, pues, con una auténtica «luna de miel» entre los dos dictadores, tal como la describió Jordana. Si con los alemanes era casi imposible llegar a una cordialidad estrecha, no era este el caso de los italianos prontos a esa megalomanía e incluso fáciles de engañar en el terreno del material, siempre que se les concediera una especie de primacía política. Por eso aquella era una buena ocasión para enviar una comisión destinada a negociar el modo de pagos de los suministros bélicos. La marcha de ella hacia Italia fue calculada para no hubiera habido desgaste en las relaciones entre ambos países en el momento en que Chamberlain, el primer ministro británico, llegara en Roma y, así, evitar que los italianos pasaran por la tentación de pactar a espaldas de los intereses de Franco. Por su parte Aunós, un nuevo excolaborador de la Dictadura de Primo de Rivera de nuevo empleado en una misión diplomática de importancia, no dudó en hacer los más halagadores elogios del Duce antes de viajar a Italia: era el Jefe de la Romanidad y, por ello, en cierto modo, también el jefe político de España⁹⁷. Si en el Ministerio de Asuntos Exteriores había existido reticencia respecto de la posibilidad de enviar una carta al Führer para explicarle la razón de la declaración de neutralidad, no parece haber sido este el caso del Duce. La carta a Mussolini, llevada a mano por Aunós, contenía todo un desbordamiento de alabanzas a su persona, referidas en especial a esa gestión diplomática de la crisis checa de la que tan satisfecho estaba el Duce. «Su gran talento y experiencia política, su energía en momentos en que era necesaria y su templanza y acción moderadora, ajustadas con insuperable oportunidad, decía Franco, han rendido al mundo un sacrificio inapreciable que pasará a la posteridad enalteciendo aun más su gran figura de estadista». Venía a continuación la explicación de las razones por las que España había declarado su neutralidad, que eran de carácter estratégico y no político. En el caso de no haber optado por ella sólo le hubiera cabido «pedir a nuestros amigos una ayuda de gran volumen en fuerzas de tierra, mar y aire, exigiendo un sacrificio bien difícil si no imposible». En consecuencia se había optado por la neutralidad para ganar «el tiempo y el espacio necesarios». Por supuesto estas razones eran por completo distintas de las que Jordana esgrimía ante los ingleses. No había, sin embargo, en este texto, quizá por haber sido redactado en borrador por

⁹⁷ Conversación Jordana-Viola, 8-XII-1938, AMAE 833/25; Jordana, 10-XII-1938, AMAE 1056/9; Viola T, 15-XII-1938.

Jordana, ningún indicio de identificación política entre los dos regímenes como los que luego se convirtieron en habituales a partir del momento en que Serrano adquirió un predominio absoluto también en la política exterior. El párrafo final de la carta contenía lo ya previsible: una auténtica retahíla de peticiones de material bélico imprescindible para lograr la definitiva victoria final⁹⁸.

La narración de la política exterior de Franco durante la guerra civil debe concluir con el final de 1938. Es lógico que así sea por razones muy evidentes. No hubo, a partir del nuevo año, grandes novedades en la posición relativa de cada una de las potencias después del giro producido en las relaciones europeas tras la reunión de Munich; respecto de la España de Franco tan solo hubo el reconocimiento definitivo de la victoria de Franco por parte de Gran Bretaña y Francia. Más importante fue, sin embargo, el cambio que se produjo en el seno de la propia España de Franco en el papel relativo de la política interior y la exterior. Ahora, cuando acababa la guerra, el régimen sintió la vaga necesidad de institucionalizarse (vaga porque la imprecisión era la mejor forma de dejar el mayor volumen posible de poder en las manos de Franco). Fue entonces cuando el modelo político exterior —Italia— pareció poder inspirar la política interior española. De esta manera se produjo un predominio de la vertiente exterior sobre la interna.

Pero durante toda la guerra civil no había sido así. Fue ésta un conflicto internacional, pero Franco la abordó teniendo en cuenta casi exclusivamente sus intereses internos para el cumplimiento del objetivo final victorioso. Durante su transcurso, en efecto, no mostró mas que una solidaridad mas bien remota respecto de sus aliados, tanto en lo que respecta a sus intereses estratégicos como a su identidad ideológica. Era un nacionalista y además identificaba a la nación consigo mismo y con los suyos. Practicó, en consecuencia, un sagrado egoísmo, que muy a menudo rozó la impertinencia a la hora de tratar con aquellos cuya ayuda le resultaba imprescindible, en la de pedir y en la de elogiar. Tal actitud tenía precedentes en su trayectoria biográfica y se convirtió, además, en un rasgo perdurable en la política exterior de su régimen. En adelante siempre las relaciones exteriores dependieron de las necesidades de subsistencia de la dictadura interna. Se habló durante unos pocos años de Imperio pero, en realidad, no hubo una aplicación de una determinada política interior como consecuencia de una voluntad expansiva sino un plegamiento a las circunstancias externas con tal de mantener lo esencial de la dictadura personal alumbrada durante la guerra civil.

⁹⁸ Franco s. f., AMAE leg. 833/25 (en borrador).

Si Franco pudo mantener ese género de relaciones con unos aliados que le resultaban indispensables ello estuvo debido a las peculiares características de ellos y a la propia evolución de la guerra civil. Para la Italia fascista y la Alemania nazi la política exterior no era, en absoluto, un medio de apuntalar la interior sino un procedimiento para llevar a esta última a su definitivo cumplimiento. Caracterizaba a ambos países una intervención en los asuntos de otros países agresiva, cínica y despreciativa de cualquier orden internacional. No podían dejar de hacerlo sino que se sentían obligados a ello de manera irremisible. En noviembre de 1937 el Duce dijo a Ciano que cuando concluyera la aventura española se inventaría otra porque sentía la necesidad de que los italianos estuvieran en perpetua situación de combate⁹⁹. Hitler pensaba lo mismo y, por supuesto, fue esta política exterior agresiva e imperialista la que contribuye a explicar la existencia misma de la guerra civil española (sin Italia y Alemania no hubiera existido la posibilidad de convertir una sublevación en una guerra civil) y el posterior estallido de la mundial.

La manera en que se desarrollaron las operaciones militares contribuye también a explicar que el intervencionismo de estos dos países se mantuviera. Una vez iniciada su contribución a la causa de Franco necesitaban una victoria que en el momento inicial habían pensado que podrían obtener de manera fácil, rápida y casi gratuita. No hubo derrotas decisivas sino la perpetua sensación de que con un suplemento de ayuda la victoria, al final, tendría lugar. De ahí la necesidad de aportar más y más, pero muy a menudo cada nuevo aprovisionamiento parecía hundirles más y más en un conflicto en el que no tenían tan apasionado interés inicial sino en el que habían entrado por puro oportunismo. De ahí la metáfora de las arenas movedizas empleada por De Felice y que tan excelente resulta no sólo para el caso italiano sino también para el alemán.

Parece indudable que de estos dos países fue el segundo quien obtuvo mas ventajas de su peculiar relación con Franco durante la guerra civil. Italia era débil y tendía a la megalomanía política. Ni tenía grandes intereses económicos que satisfacer con la guerra de España, ni tampoco había logrado dar respuesta concreta a los de carácter estratégico o político en 1939. Tenía, eso sí, la esperanza de contribuir a definir de modo fundamental un régimen político naciente. Era mucho más frágil y por eso arriesgó más. Las relaciones entre Franco y Mussolini revistieron, por tanto, los rasgos de un noviazgo complicado en el que sí eran frecuentes las muestras de efusión extremada al mismo tiempo a veces había también celosas y agrias disputas circunstanciales. Mussolini estuvo primor-

⁹⁹ CIANO, *Diario* 56.

dialmente interesado en la rapidez de las operaciones y por eso le indignaba el «sereno optimismo» de Franco, que le parecía signo de ineptitud militar y de estolidez política. Pero siempre acaba perdonándole y esto explica la casi ilimitada generosidad italiana de la que los negociadores españoles se aprovecharon con perfecta consciencia. Una política más continuada y más beneficiosa para la propia opción fue, en cambio, la alemana. Hubo siempre en ella mucho mayor despego respecto de los acontecimientos españoles, menor deseo de intervención en la política interior y, al mismo tiempo, mayor rudeza en la obtención de beneficios materiales concretos. A una persona como Franco era mejor aplicarle el tratamiento que le dió Hitler que el que le proporcionó Mussolini. El Caudillo se aprovechó a menudo de los italianos y trató con frecuencia de eludir a los alemanes, pero así como al final acababa obteniendo mucho de los primeros tenía que plegarse a los segundos. Éstos no obtuvieron todas las ventajas que querían, pero la guerra civil les había permitido destruir el sistema de convivencia europeo y atraer a Italia a su causa.

Las circunstancias mencionadas explican el balance final favorable que puede hacerse de la política exterior de Franco durante la guerra civil, por supuesto desde la óptica de sus propios intereses. No es cierto, como se ha indicado en alguna ocasión, que alemanes e italianos le convirtieran en Caudillo; unos y otros querían simplemente que hubiera un mando único. Lo que resulta evidente, en cambio, es la dificultad para encontrar un caso parecido y comparable de una sublevación que, no habiendo tenido un origen externo, haya tenido apoyos tan abundantes y tan generosos en la forma de pagarlos. Tampoco es frecuente encontrar un caso que, en estas condiciones, no haya concluido en una absoluta mediatización exterior. Franco pidió más y más como si sus aliados tuvieran la obligación de enviarle cuanto demandaba, con escasas muestras de agradecimiento y sin dejar de ofrecer resistencias. Aduló a veces pero se habrá apreciado que le costó hacerlo. Pidió y obtuvo la sustitución de generales que no le gustaban y no tuvo reparo en criticar la actividad bélica de quienes le ayudaban. Su insistencia en pedir testimonia tenacidad pero sobre todo la más absoluta carencia de reparos escrupulosos. Lo que maravilla es que considerara que no debía dar nada a cambio o dar lo menos posible. Italianos y alemanes «tenían pretensiones», escribió en sus breves notas autobiográficas, y por eso mismo resultaban molestos. Era lógico que así fuera pero entraba dentro de su egoísmo nacionalista en que se resistiera a ellas con toda parsimoniosa tenacidad. Coincidió con alemanes e italianos en su desprecio a la mediación y a la no intervención, pero siempre tuvo unos objetivos que eran diferentes e incluso parcialmente contradictorios con los de ambos. Más que pensar en solidaridades ideológicas lo hacía, como siempre, en sí mismo.

Pero eso no obsta para que la política exterior de Franco en esta etapa inicial tuviera dos caras. Hemos visto que sus perfiles son suficientemente claros. Aparte de esa identificación con Italia y Alemania arropada por el nacionalismo, hubo también una vertiente de la política exterior en el período bélico que presagiaba lo que hubieron de ser las relaciones exteriores durante toda la etapa franquista. Hemos podido comprobar que la mayor parte de los protagonistas de la política exterior de Franco durante la guerra civil (Sangroniz, Jordana, el Duque de Alba, Magaz, Espinosa de los Monteros, Aunós, Yanguas...) pertenecían a la derecha tradicional, autoritaria y católica pero no fascista. Esa vertiente que bien podía ser denominada como «primorriverista» (puesto que quienes no colaboraron con el régimen del general lo hicieron con la dictablanda posterior) mantenía la fijación en los dos polos esenciales de la política exterior española durante la etapa anterior, Gran Bretaña y Francia, y se sentía especialmente identificada con la primera en su versión más conservadora, lo que es lógico dada la posición política y la mayor proximidad geográfica de Francia. El predominio de ese sector en la política exterior de Franco durante la guerra civil fue estratégicamente oportuno de cara a Gran Bretaña, y constituyó un testimonio del pluralismo peculiar del régimen fundado por Franco, pero, además, adelantó toda una tendencia. Se puede decir, en efecto, que éste hizo durante estos tres años el aprendizaje de algo que practicaría con asiduidad en gobiernos posteriores. No es una casualidad que fueran ministros de Exteriores con él Martín Artajo y Castiella, López Bravo y López Rodó: hubo en estos nombramientos toda una línea de personajes que ofrecieran una cara exterior de la dictadura española más moderada y tolerante de lo que era en realidad. Fue el tercero quien se definió como un «liberal reprimido», pero estos calificativos u otros parecidos, con su componente inauténtico pero también descriptivo, hubieran podido ser empleados también por todos los servidores diplomáticos de Franco durante todos estos meses. En política exterior se benefició de una gestión de la que el mismo es más que posible que no hubiera sido capaz, pero que le fue inmediatamente suada en su activo.

Y queda, en fin, un último rasgo general de la política exterior de Franco, indudablemente presagiado durante estos tres años. La crisis checoslovaca fue un sobresalto que demostró la dificultad de mantener esta duplicidad entre una vertiente exterior moderada y unas alianzas vinculadas al fascismo, indispensables por mucho que en ocasiones resultaran también insostenibles. Franco, en esta ocasión como en varias otras posteriores, demostró haber montado su política exterior en una precariedad tal que le permitía un muy escaso margen de maniobra. En efecto, hubiera bastado un acuerdo entre los países fascistas y los democráticos

para que él quedara barrido; es más, si la crisis checa se hubiera producido unos meses antes es posible que la guerra civil hubiera concluido en tablas. Con periodicidad mayor o menor el panorama internacional testimoniaría también en el futuro el escaso margen de maniobra en que la peculiaridad política de su régimen dejaba a Franco, dependiente siempre de una coyuntura internacional poco favorable que pudiera convertir su equilibrio en difícil o incluso parecer que era imposible.